AÑO III — BUENOS AIRES, 3 DE NOVIEMBRE DE 1924 — N.o 146

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a M. Torrente

Noticias policiales

El desequilibrio económico de los tiempos actuales ha dado nacimiento a una serie de fenómenos sorprendentes y también de monstruosidades horripilantes.

Una de ellas es el enriquecimiento fabuloso de aquellos que, sometiéndose bajo la advocación de Mercurio, dios de los ladrones y de los traficantes, empezaron a pignorar todas las materias primas.

A medida que estos descendientes directos de Sylock — el hebreo que cobraba sus deudas mediante el pago en libras de carne humana — amontonan los capitales, la mayoría del pueblo se entrampa más y más hasta llegar a una situación de inopia desoladora.

La engañifa del jornal elevado se disipa en seguida, cuando se trata de poner a prueba su poder adquisitivo.

Nunca quizás el trabajador ganó más y comió menos. Nunca en la Argentina hubo una época de mayor volumen de prósperas realizaciones económicas, y nunca la carestía en los hogares humildes fué tan trágica.

Basta detener la mirada en ese termómetro que es la prensa cotidiana, para enterarse de los grados de miseria que reina en ellos.

Al conventillo que permite todas las promiscuidades y la infinita suciedad, se añadió el departamento, donde en tres aposentos se apeñuscan tres familias y 20 personas, que ni siquiera se benefician del patio de la casa de inquilinato.

Hace muy poco tiempo, leíamos en un diario que una mujer, cuyo marido se hallaba en el hospital, ofrecía regalar dos de sus hijitos, ya que teniendo siete, no le era posible mantenerlos a todos.

Otro día también leíamos esta simple noticia de policía: "Fulano de Tal, padre de numerosa familia, se suicidó".

Y nada más. Como estos sucesos son tan frecuentes, de un tiempo a esta parte, el cronista no quiso prodigarse, y sin quererlo ni pensarlo puso el único epitafio que le convenía a este desventurado, cuya profesión fué ser padre de una numerosa familia.

Parece que la vida que han forjado los hombres le fué avara en todo a esta pobre criatura y todo le escatimó, hasta las palabras de la noticia necrológica.

Y solamente fué generosa en cargarlo de hijos y no proporcionarle lo necesario para darles de comer.

Cuando se contemplan injusticias tan irritantes y tan tremendamente cobardes, se piensa si no estaban acertados aquellos cirujanos sociales que querían regenerar esta gusanera hirviente de podre, rajándola a golpes de dinamita, a fin de horadarla para que un rayo de bondad y amor la iluminara.

—— *** ——

El Rasputin italiano

Este período de post-guerra, es uno de los más aciagos para la libertad de los pueblos y para los derechos del hombre, tantas veces proclamados y nunca puestos en práctica.

Los que se quejaban de la destrucción de la catedral de Reims y no exhalaban una protesta por la siega tremenda de la juventud en flor, sacrificada en la guerra, exornaban, en ellos, el espíritu fetichista, el sentimiento primitivo del salvaje que adora los elementos primarios posponiendo los bienes materiales por encima de la personalidad humana; las cosas inanimadas sobre la inalienabilidad del espíritu.

No meditaron, ni por un instante, que con esa juventud se hubiesen podido construir espiritualmente cien catedrales, equivalentes a la de Reims.

Es que las reliquias históricas son el pretexto que cierta gente esgrime para negarle el paso al futuro. Por lo menos, detrás de ellas se escudan a fin de inmovilizarse en un estancamiento eterno.

Y en esta horrorosa hecatombe quizás desaparecieron en el abismo insondable de la muerte los mejores, los más generosos, los más crédulos, los eternamente engañados, los que por cierto hubiesen contribuído a apresurar la marcha de la caravana humana en pos del inalcanzable triple Ideal de libertad, de concordia y de justicia.

De ahí que este siniestro bufón a quien se llama Mussolini, sea un personaje lógico y natural en esta época de podredumbre y arribismo desenfrenado. Resume el ideal gastronómico de estos envilecidos tiempos.

Pero nunca se dió el caso que en su peregrinación la humana caravana haya retrocedido. Su marcha es lentísima. Sus pausas a veces son dilatadas. Como los ríos que tienen sus remansos donde las aguas se estancan hasta adquirir su plenitud para luego rebasar con más fuerza y violencia, así la humanidad se detiene en el recodo del camino para después seguir su impulso con más vigor.

La prueba de la debilidad del poderío de este embaucador de muchedumbres, de este Rasputin de la casa real italiana, es que se apoya sobre la fuerza bruta. Para mantenerse en el poder necesita millares y millares de bayonetas, legiones de sicarios y una multitud de cañones a fin de apuntalar su prestigio y su autoridad claudicante. Por medio del terror se hará temer; pero no será acatado cuando ese elemento veleidoso y temporal que es el miedo que infunde a sus connacionales, desaparezca.

¡Pobre Mussolini, pobre aventurero, cuya vanidad de comediante en réclame le hizo adoptar las peores posturas, es símbolo y suma de toda esta canalla dorada que envenenó las fuentes de la vida con sus hidrófobas pasiones por los placeres groseros que le brinda el dinero amasado con sangre y lágrimas!

Esa marcha conmemorativa sobre Roma para que esas milicias sean legalizadas a fin que al dorso le pongan la estampilla fiscal, que servirá como salvoconducto para cometer las peores fechorías — ya que si antes asesinaban en nombre de Mussolini, lo harán en nombre del rey — demuestra que el fin de esta dictadura no se halla muy lejano.

Y entonces Mussolini será incluído entre los grandes malhechores de la humanidad.

LA AGONIA DE EUROPA

(EUROPA, DECADENTE, NO TIENE CONFIANZA EN SUS GOBIERNOS) — *De los diarios.* —

La burguesía — Mi Europa se muere intoxicada por el contagio de mis vicios. Las dietas absolutas impuestas por Mussolini y Estella la matan de hambre. ¿Cómo la salvaremos?

Los médicos de cabecera — Si nuestra dieta no da resultados, el sistema Macdonald es inferior... Tampoco la salvará...

La paciente — (Con voz apagada) Tu muerte, burguesía, y la cirujía de la revolución, es lo único que me volverá a la vida.

Los infantes rusos

La psicosis autoritaria tiene sus más expresivas manifestaciones en la específica mentalidad de los hombres que constituyen el Estado. Colocad a un loco, a un malvado o a la persona más cuerda y culta en el sitial del Estado, y veréis cómo se identifican en el desempeño de su función. No hay peor tiranía que la que se cree necesaria; como no hay peor tirano que aquel que invoca el juicio de la posteridad para encubrir sus crímenes, y nada mejor para conseguir tal objeto que domesticar y cretinizar a la infancia con el dogma sacrosanto de la enseñanza oficial. Así es como las tiranías pasan por redentoras y las masas embrutecidas y abyectas absuelven y elevan monumentos a sus propios verdugos.

Los bolcheviquis, para no ser menos que sus predecesores, recurren también a la infancia de idéntica manera y con el mismo fin que lo han hecho los tiranos de todos los tiempos. El sucesor de Lenin, Alexiév Rykov, en su reciente jira por las regiones del hambre, fué aclamado por los "pioners rojos", título de una organización para jóvenes, que estaban alineados en las calles por donde debía pasar. En el trayecto Rykov decía en alta voz: "Pioners": ¿Estáis listos para reempla-

Karl Kautsky y Johann Most

Uno de los fenómenos más tristes de nuestro tiempo y de los últimos 50-60 años en general es lo que se puede llamar la reabsorción o la reasimilación de grandes masas obreras, — destacadas en otra época, por su instinto revolucionario y la ropaganda de los socialistas de un tiempo pasado, del sistema capitalista, — al estatismo y por consiguiente al capitalismo, — resultado del moderatismo y reformismo funestos preconizados y practicados por los socialdemócratas en política, por las organizaciones obreras autoritarias en su vida económica, por todos los acólitos de la autoridad, de la dictadura en la vida intelectual y moral de las masas. Esa contra-corriente es de una fuerza enorme, — repercusión quizás inevitable, cuando se piensa en los siglos sin número de régimen exclusivamente autoritario, en los que una dictadura permanente dividió los hombres en privilegiados insolentes y en víctimas sometidas. El primer impulso del socialismo no podía barrer todo eso de un solo golpe: el socialismo ganó millones de adherentes en el terreno económico, pero no pudo al mismo tiempo destruir sus tendencias autoritarias atávicas.

Sin embargo, lo que fué imposible para las masas, hubiese sido posible con un poco de buena voluntad para los socialistas convencidos que militaban entre ellas. Pero una gran parte de ellos, viendo los hábitos aun poco emancipados de las masas, fácilmente disciplinadas y sobre todo dispuestas a evitar responsabilidades, que no aprendieron a obrar por sí mismas,— viendo todo eso, abusaron de esa situación favorable a los jefes para eternizarla, para crearse una dictadura, primero intelectual, que desde hace mucho tiempo se ha transformado en dictadura bien material. En efecto, el comunismo dictatorial de nuestros días no hubiese sido posible si cincuenta años de dictadura de los jefes socialdemócratas en sus partidos no hubiesen preparado el terreno; en esa situación no era posible ninguna otra evolución. Tal es la proporción del mal, la situación sin salida, creada en el momento que se abandonó en gran parte el socialismo integral, que comprende la realización de la dicha social y de la libertad, para limitarse a las conquistas políticas y obreristas desprovistas de libertad.

La profundidad del abismo que separa esta concepción de la nuestra y de la de nuestros precursores, es insondable, pero no hay ninguna razón para nosotros para estar desalentados; porque la libertad es tan joven en el mundo, que no ha podido producir aun más que el florecimiento de innumerables libertarios de toda cualidad y de grados diversos de intensidad en todas las partes del globo,— pero no pudo producir aun en parte alguna un tal porcentaje de libertarios como para ensayar la realización de la libertad sobre una vasta escala. Ese día llegará tarde o temprano; en espera de ello las masas despertadas al menos a una conciencia de su situación económica por una propaganda socialista cualquiera, serían siempre un inmenso recipiente que contiene elementos que sentirán un día la falta de libertad y entonces, impulsados por ese instinto, se acercarán a nosotros.

Pero es preciso evidentemente despedirnos de los jefes socialistas, y eso lo podemos hacer de buena gana; porque la pérdida es verdaderamente insignificante. La autoridad secular, que florece en las generaciones de sacerdotes, de tiranos, de jefes de toda suerte, produce una última flor, la de los jefes socialistas y obreristas, y esa última flor, al abrirse, repite una vez más todas las cualidades viciosas de las flores más o menos marchitas de las floras autoritarias del pasado.

He sido llevado a estas consideraciones al leer la crítica escrita por Karl Kautsky sobre el hermoso libro de nuestro camarada Rudolf Rocker, "*Johann Most, la vida de un rebelde*" (Berlín, Syndikalist, 1924) — libro que será publicado pronto en español —, en la revista *Die Gesellschaft* (Berlín, septiembre, 1924), publicada por el ex ministro alemán de finanzas, el socialdemócrata Dr. Hilferding, y que ha ocupado el puesto de *Neue Zeit*, fundada en 1884 y redactada durante más de treinta años por el mismo Karl Kautsky, el gran dalai-lama del marxismo, que va a cumplir sus setenta años de vida.

Kaustky ha visto, pues, casi toda la carrera de Johann Most desde cerca, como militante socialista; porque si Most adopta el socialismo en 1867, Kautsky, primero nacionalista tcheco, fué impulsado a él por la comuna de París en 1871, y dió luego, hasta 1879 ó 1880 aproximadamente, una colaboración asidua a los periódicos socialistas de Austria con el pseudónimo de *Symmachos*. Conoció de viva voz la tradición muy viva y simpática sobre la acción llena de verba y de ímpetu del joven Most en Viena, de 1868 á 1871, y fué de aquellos que con más deliberación y *parti pris* determinado combatieron la obra de Most a partir de 1879, aunque él mismo en esta crítica nos revela el detalle quizás inédito de que ha colaborado igualmente en la *Freiheit*, el periódico famoso de Most (1879 á 1906) en sus primeros tiempos por el artículo *oderint dum metuant* (que muerdan, siempre que nos teman) y tal vez otros. Por su vida en el centro de la lucha socialdemócrata contra el socialismo revolucionario — luego contra el anarquismo — de Most, en Zurich y en Londres, ha conocido íntimamente las peripecias de esas luchas sin tregua. Se hubiera creído que después de cuarenta años se elevaría con un pequeño esfuerzo para ver esas cosas con un poco de imparcialidad y sobre todo desde un punto de vista un poco superior, pero no hay nada de eso; la crítica de 1924 habría podido ser escrita en 1884 por el joven Kautsky de entonces. La estrechez, la pequeñez, la falta de comprensión son las mismas.

Most habría acabado en la piel de un socialdemócrata de marca si la ley antisocialista, en vigor desde el otoño de 1878 á 1890 no le hubiese forzado a desterrarse — he ahí una aserción verdaderamente extraordinaria de Kautsky, pág. 547). Dice eso sabiendo bien que Most fué la bestia negra de los jefes del partido desde sus comienzos, pues fué uno de los verdaderamente raros socialistas que se sentían impulsados a ir directamente hacia adelante, a hablar siempre como socialistas, como revolucionarios y como hombres sinceros que dicen todo su pensamiento sin tergiversaciones; eso lo llevó a la cárcel en cuatro países, por diez años de su vida, y eso lo hizo igualmente un objeto de los odios de los grandes jefes, comenzando por Liebknecht padre, pasando por Marx, cuyo *Capital* habría tratado con un poco de ausencia de ceremonia reverente, y por Engels, a quien había aconsejado francamente que cesará su pequeña polémica de sectario contra el pensador independiente y de tendencia libertaria que fué entonces Eugen Dühring, de Berlín. Los obreros adoraban a Most, porque era el portavoz de sus aspiraciones en los consejos de los jefes. Se puede decir, según pienso, que con o sin destierro, Most habría marchado hacia adelante y habría quizás fundado un vasto movimiento anarquista popular en Alemania, si, al salir de la cárcel en 1878, no hubiera sido obligado a emigrar a Londres, donde diez días después de haber salido de la cárcel de Berlín se puso a preparar la *Freiheit*, que apareció el 3 de enero de 1879, una semana después, redactada y escrita en gran parte por él desde entonces, semana por semana, hasta 1906, salvo cuando le retuvo la prisión en Londres y en New York, y aun entonces, aunque fuese tratado siempre como preso de derecho común, halló el medio de ser el colaborador principal de su periódico.

Para Kautsky, que reconoce perfectamente el inmenso éxito de la *Freiheit* en 1879, — puesto que ese periódico fué *el único* que enarboló francamente entonces la bandera socialista que todos los jefes quedados en el país ocultaban cuidadosamente, haciéndose los muertos y desalentando toda actitud altiva e independiente, — para Kautsky, pues, es siempre el gran crimen de Most el haberse atrevido a criticar y luego a ridiculizar esa llamada "táctica" de los grandes jefes. Kautsky sabe perfectamente que todo el mundo, Marx y Engels entre los primeros, se disgustó por esa actitud imbécil y chata de los jefes y profesionales del partido socialdemócrata, que los obreros estaban ávidos de toda palabra libre, que un número de la *Freiheit* o de los numerosos manifiestos que reproducían sus artículos más notables, pasaba de mano en mano hasta caer en pedazos — circulación que en Austria, por ejemplo, podía ser castigada con 12 á 15 años de trabajos forzados (sin que interviniera jamás una amnistía)—; Kautsky sabe eso y persiste sin embargo en afirmar que habría sido preciso dejar hacer a todos esos señores, elogiar sus gestos de achatamiento que engendró bien pronto el reformismo teórico y práctico, transformar la propaganda socialista en un apagador que sofocara toda veleidad de revuelta, toda crítica irreverente contra los grandes jefes.

La prueba de que la acción franca de Most era la única posible, fué dada por el partido social demócrata mismo, que debió adoptar, al menos en apariencia, una acción semejante al fundar un periódico independiente en el extranjero, el *Sozialdemokrat* que apareció en agosto de 1879 en Zurich y más tarde, a partir de 1888, en Londres, hasta 1890. Este órgano desempeñó un doble papel: falsificó la palabra libre para dar satisfacción a los obreros que gustaban de leer un periódico que hablase francamente, y enseñó cuidadosamente la moderación, la obediencia a los jefes y el odio, el desprecio hacia los revolucionarios, hacia los anarquistas. Triunfó maravillosamente en este rol, y como su circulación, aunque obstaculizada por las persecuciones gubernamentales, no estaba acompañada de los peligros verdaderamente extraordinarios a que se exponían los distribuidores del periódico *Freiheit* de Most — se arriesgaban 3, 4, 5, 10 años al distribuir la *Freiheit* y sólo otros tantos *meses* al hacer circular el *Sozialdemokrat* —, poco a poco las víctimas revolucionarias fueron demasiado numerosas y el periódico moderado ganó terreno. Ese periódico fué redactado por Eduard Bernstein, y sus diez años de redactor en esas condiciones, — escribiendo el periódico de apariencia independiente y de aspecto franco y vivo, pero que fué en realidad un periódico oficioso a las órdenes de los jefes del partido, propagador de sus ideas cada vez más moderadas, por medio de argucias, de apariencias ya científicas, ya populares —, ese aprendizaje y esa experiencia han hecho fatalmente de Bernstein el padre del *reformismo integral* y muchos de sus lectores han sido bastante preparados por ese moderantismo que les fué inyectado semana por semana, para abrazar algunos años más tarde, en absoluto, el reformismo, erigido en teoría, de Bernstein (1898). Todo eso está ahí y Kautsky, aunque más tarde opuso a Bernstein un doctrinarismo estéril que no sopló ni frío ni caliente, fué un eslabón en esa marcha hacia atras sobre la pendiente — *la gran retirada ante la revolución* que dura aún y que después se encarnó en los Scheidemann y los Noske, en los Leinert y todos los otros Parvus y Sklarz.

Por esos medios se aseguraron electores y miembros de las grandes organizaciones inertes y estafadoras de obreros — organismos demasiado grandes y que patinan sobre el mismo lugar, pero que alimentan un hormiguero de pequeños y de grandes jefes, una burocracia que hace una carrera regular y que en 1918 en Alemania y en Austria se ha interpenetrado en una gran escala con la de la burguesía y la del Estado y las municipalidades — operación tan perfecta que pocas gentes han sentido que hubiera una pequeña diferencia entre esas dos burocracias: se asemejaban como dos gotas de agua y se han fundido pronto en una sola gota.

Most había previsto todo eso, y como desde el primer día en 1867 tomó el socialismo *en serio*, luchó contra esa decadencia progresiva hasta el último día de su vida, y he ahí lo que no se le perdonó nunca, y lo que hace al viejo Kautsky simular sus ideas y su acción hoy, en 1924, como hace 40 ó 45 años: porque siente que Most y la idea que representa son tan peligrosos a su gran partido moderantista hoy como entonces. Y cuenta en vano a sus lectores que Most no ha triunfado, que ha muerto "pobre y olvidado" — es verdad que ha muerto archipobre, mientras que hoy la carrera socialista *oficial* conduce con frecuencia a pensiones, sinecuras y a una riqueza sólida de origen muy diverso; es verdad que, mil veces más que todas las policías, los socialdemócratas han conseguido, en fin, impedir que sus fieles tocasen los escritos sacrílegos de Most, — pero sus ideas se han abierto camino desde 1879 en proporciones que a Kautsky no le place encarar, que quizás se ha vuelto por completo incapaz de percatarse, persuadiéndose que lo que es desagradable para él en socialismo no existe por eso.

Así, el anarquismo alemán, que tiene ya sus raíces desde 1876 — el libro de Rocker resume sus primeros orígenes—, para Kautsky es "mero movimiento literario" con J. H. Mackay y Gustav Landauer a la cabeza. Esto es verdaderamente cómico. No quiere tampoco ver el sindicalismo que, en Alemania, debe también mucho, mucho a Most; porque la iniciativa decidida de Most y de sus camaradas en 1879, que se opuso a la superficialidad general, fué saludada por esos núcleos de socialistas reflexivos y determinados que formaban en todas partes la espina dorsal de los movimientos locales, y la idea socialista revolucionaria, lo mismo que la idea de autonomía, de acción local, de independencia de los grandes jefes, — esas ideas se afirmaron siempre más y más en esos núcleos locales, y se sabe que de ellos salió esa corriente de acción local, descentralizada, federalista y solidarista que ha llevado al sindicalismo y que alejó a sus adherentes de las vías falaces de los políticos socialistas.

En una palabra, gracias a Most y a los numerosos camaradas abnegados que le ayudaron — Johann Neve es el tipo verdaderamente ideal — el socialismo ha sobrevivido en Alemania a las persecuciones ante las cuales sus grandes jefes estaban dispuestos a inclinarse; y tampoco han hecho esos jefes mil bajezas que estaban dispuestos a hacer, por temor a la palabra fustigadora de Most, que ha contribuído aún de ese modo a impedir muchos males.

Pero Kautsky se esfuerza por hacer creer que — al lado de esa crítica irreverente contra los grandes jefes — *la propaganda por el hecho* habría sido el principal objeto de divergencias entre los socialdemócratas y Most. No, es un gran error. Esa propaganda por el hecho no fué para los socialdemócratas más que un pretexto cómodo para obstaculizar la verdadera propaganda revolucionaria de Most — exactamente lo mismo que sirve de espantajo a los burgueses que impiden en su medio la discusión seria del anarquismo, simulando creer que el "anarquismo, es la dinamita, el puñal y el robo". Kautsky y Bernstein y el *Sozialdemokrat* hicieron *lo mismo* hace cuarenta años, si no decían para cambiar de melodía que el anarquismo y el burguesismo, la doctrina del laissez-faire de la escuela de Manchester, es la misma cosa, y majaderías por el estilo.

En su artículo de 1924 Kautsky esboza en apariencia la evolución de la propaganda por el hecho, pero en realidad confunde muchas cosas, y si ha estudiado muy cuidadosamente en el curso de su larga vida muchas cuestiones económicas, históricas y otras, es palpable que hasta hoy evitó el trabajo (que debe serle antipático por excelencia) de examinar la historia de la anarquía en detalle. Al menos yo veo los orígenes de esa especie de acción más o menos así: Bakunin, en tanto que vió otros medios de acción, no pensó en él o lo hizo lo menos posible. Bakunin, desde que en 1864 se entregó enteramente a la propaganda socialista revolucionaria, fué — como largo tiempo después —, en sentimiento y en teoría el amigo, el defensor y en caso de necesidad el actor, de todo acto de rebelión en el sentido más amplio de esta palabra, pero en la práctica puso entonces toda su esperanza en la gran revolución europea y mundial; esperaba entonces, con muchos otros, un nuevo 1848, que evitase las faltas de 1848 y esta vez claramente con tendencias sociales, es decir, socialistas revolucionarias y destructivas del organismo de todos los Estados, reconstructivas en el espíritu de libertad, de federación y de solidaridad. Esa revolución vasta y poderosa, — se esperó hasta en 1870, y hasta 1869 apareció bastante próxima; en ese sentido, en el congreso de Basilea de la Internacional, 1869, se abrigaba la esperanza de reunirse la próxima vez en un París libre por la revolución. Todo el trabajo íntimo de Bakunin fué dirigido a coordinar los movimientos de diversos países hacia ese fin de acción común, apoyada en todas partes simultáneamente por las fuerzas revolucionarias bien preparadas. Bakunin, pues, no se atenía entonces de ningún modo a la rebelión por la rebelión, a la insurrección aislada a todo precio — esperaba que el despertar de los obreros, encarnado en la Internacional, crearía la fuerza y el ímpetu para imprimir en la crisis próxima, la caída del imperio de Napoleón III, una dirección socialista y para desencadenar la revolución social universal.

La guerra de 1870-71 fué, sin embargo, la salida por la cual quedó liquidado por el momento el bonapartismo, y como en esa situación el proletariado francés, alemán y europeo en general, no hizo, por decirlo así, nada, Bakunin vió y comprendió en el instante que la revolución social había fracasado entonces y por largo tiempo, y que un período de militarismo y de autoridad creciente comenzaba — período que a pesar de la guerra de 1914-1918 dura aún, y cuyo fin no entrevemos todavía.

En esa situación lo que Bakunin hizo en Lyon, septiembre de 1870, fué un acto de desesperación, un último esfuerzo para luchar contra la adversidad, contra la apatía y la sumisión del proletariado que no se movió — y aun la Comuna de París, en 1871, fué un acto de desesperación semejante de los socialistas de París que lucharon, al fin, demasiado tarde, heróicamente, contra un mundo en armas, imbuído ya por el espíritu militarista despertado y caldeado que lo rodeaba y que la aplastó bien pronto por la fuerza bruta. Lo mismo sucedió con las tentativas de insurrección en España y en Italia hasta 1874: fueron tentativas a las cuales Bakunin dió su apoyo, sus consejos, su experiencia, en que estuvo dispuesto a pagar con su persona, como en 1873, cuando hubiera ido a España de haber sido materialmente posible, y en 1874, cuando estuvo en Bolonia la noche de la insurrección abortada; hizo todo eso, pero la fe íntima en la posibilidad de un éxito le faltaba: sabía que la revolución había fracasado, que estaba vencida en todas partes con o sin lucha, porque no se hizo hacia 1870 la revolución social, sea en París, por ejemplo, en los funerales de Víctor Noir, el Matteotti de aquella época, asesinado por un príncipe de la familia Bonaparte, sea en ocasión de la guerra de 1870. Con ese estado de espíritu, previendo largos años de reacción, pasó Bakunin sus últimos años. No ha cesado de animar a la juventud; todo acto de rebelión aislada y colectiva era para él un germen precioso al cual era preciso dar un terreno fértil, bien preparado, que permitiera su expansión, su reunión a otros actos semejantes, para formar una base más y más sólida. En una palabra, ha visto que después de la derrota era preciso volver a comenzar, aunque fuese en las proporciones más modestas.

Pero todo eso es presentado por Kautsky con estas palabras: "Predicó la violencia general de la insurrección blanquista" (pág. 551); según Kautsky, Bakunin mezcla el blanquismo con el proudhonismo, para llegar a una amalgama que reune los defectos del uno y del otro — y todo eso es dicho; el lector socialdemócrata está informado...

No es sino después de la muerte de Bakunin, en el otoño de 1875, que en los congresos de Berna (toda la Internacional) y de Florencia (la Internacional italiana), se proclamó la idea de *la propaganda por el hecho revolucionario*, que fué puesta en práctica en la primavera de 1877 por la insurrección en la montaña entre Nápoles y Benevento, insurrección precipitada por adversidades diversas y que por esa causa no ha podido llegar a su completa manifestación. Y no es sino varios años después, cuando los esfuerzos de acción colectiva agotaron las fuerzas revolucionarias, que, por falta de revolución general, por falta de rebelión colectiva aunque fuera local, se redujo a la rebelión *individual*: eso ocurrió hacia 1881 y Johann Most y la *Freiheit*, siendo de esa época, han apoyado necesariamente esa táctica, inevitable entonces, la única que quedaba, y cualesquiera que fuesen las desventajas y los inconvenientes no raros de esa táctica, ha hecho pasar valientemente el movimiento revolucionario a través de esos años de inercia, de apatía, de achatamiento, que emascularon el partido socialista autoritario y han hecho de él el rebaño dócil de electores socialdemócratas, de organizados centralizados impotentes, y de carne de dictadura, nacida en la sumisión y en la obediencia. Most y sus amigos de Alemania y Austria, en los Estados Unidos, como los anarquistas esparcidos por los otros países, han salvado por su constancia y actividad durante esos tristes años, no solamente el anarquismo, sino el socialismo entero, cuyos elementos serios, desconfiando siempre, en el fondo, del parlamentarismo, han tenido una vida interior aparte que les hizo pronto reunirse y manifestarse en el sindicalismo revolucionario antipolítico. Entre los anarquistas y estos socialistas serios hay, pues, lazos, no formales, muy antiguos, que no fueron jamás rotos, — pero entre los anarquistas y estos socialdemócratas livianos, como Kautsky, hay un abismo insondable: son desde hace mucho tiempo los frutos secos del socialismo, hombres de tal modo reasimilados en la burguesía que no la preceden ya, sino que se arrastran a remolque suyo. Kautsky constata con satisfacción que la gran masa del proletariado, según él, "se vuelve cada vez más intensivamente hacia la política", que "se reafirma en la lucha electoral por el parlamento y en las luchas dentro del parlamento, en las cuales el proletariado organizado toma parte fuera cada vez más viva, orientadora y decisivamente" (pág. 564). Se pregunta uno luego ¿en qué planeta reside el autor de esas líneas que no vé más que desastres supuestos del anarquismo y del sindicalismo y esos triunfos mirabólicos del parlamentarismo obrero? Cualquier otro observador debería constatar que esos triunfos parlamentarios llamados socialistas son comprados al precio del abandono completo de las reivindicaciones sociales, y que han realizado una colaboración vergonzosa de opresores y de oprimidos, de capitalistas y de supuestos mandatarios de los obreros explotados. Lo que para Kautsky es la intensificación cada vez más completa de ese socialismo nominal, convertido en el *Eldorado* de la burocracia obrera, pero en un engaño del pueblo calculado para apuntalar el sistema capitalista.

Durante los primeros años de la *Freiheit*, 1879 hasta la primavera de 1883, Karl Marx vivía aún, y Most, en 1879, en Londres, naturalmente fué a verlo y ha dejado algunos recuerdos que corresponden perfectamente a lo que había de esperar de Marx. Por lo demás, las cartas de Marx testimonian sus sentimientos instintivamente hostiles a Most, y eso nada nos asombra. Kautsky trata de debilitar el testimonio de Most, con poco éxito a mi juicio. Todo eso se deriva inevitablemente del carácter de Marx, tal como lo describió francamente Bakunin y tal como nos lo hacen ver sus numerosas cartas profusamente. Marx no ha perdonado jamás a Most que fuera siempre un socialista independiente que se esforzó con mucho trabajo por resumir el *Capital* en lenguaje popular, pero que estudió igualmente a Dühring, contra el que había sido lanzada la excomunión de Marx y de Engels.

Marx y Engels estaban disgustados de buena fe del moderantismo de los socialdemócratas alemanes en 1878 y tenían una gran desconfianza contra el grupo de Zurich, del que fueron Bernstein y Kautsky, y que tenía entonces un rico Mecenas, Höchberg, joven burgués que bien pronto murió de tisis y prodigó su dinero para las empresas empobrecidas del partido socialdemócrata en esa época de persecuciones, pero tratando al mismo tiempo de imponer al partido una actitud de mansedumbre y de domesticidad absoluta. Bernstein fué su secretario y publicó muchos detalles personales sobre eso en sus recuerdos (aparecidos en libro en 1918), pero se ha guardado de ir al fondo de ese episodio, que ayuda a comprender mejor una viva polémica sostenida en la *Freiheit*. Marx les desconfiaba, y todo eso habría debido — se creería al menos — hacer nacer un poco de solidaridad entre él y la *Freiheit* de 1879, que entonces era un órgano francamente socialista y de ningún modo anarquista, ni de una violencia revolucionaria que se habría podido considerar exagerada. Pero Marx no conocía solidaridad con socialistas que no habían operado su sumisión *completa*, y Höchberg, Bernstein, Kautsky, Bebel mismo, hicieron esa sumisión con motivo de sus peregrinajes a Londres, y desde ese tiempo quedó desarmada la crítica de Marx y Engels. Si en esos años, 1879 y una parte de 1880, Marx hubiera dado el menor apoyo solidario a Most, habría podido crearse un gran partido socialista revolucionario alemán que no habría caído tan pronto en el reformismo parlamentario; pero Marx, ya muy delicado de salud entonces, y Engels en pleno vigor, se dejaron adular y requebrar por los moderados. De esa *alianza concluída entonces* surgió la gran vulgarización del marxismo que hasta entonces era relativamente poco conocido. Kautsky y Bernstein fueron sus heraldos, para gloria personal y para gloria no menor de Marx y de Engels que pecaban, nada menos, que por un exceso de modestia!

Marx ha sido la causa principal de la escisión de la Internacional en 1872, arrojó aun su influencia en la balanza en favor del moderantismo en 1879-80; fué, pues, uno de los autores principales de la evolución hacia atrás del socialismo legalitario, al cual imprimió también su nombre, el *marxismo*, pero no sus ideas, que sacrificó a su gloria puramente exterior.

Como en la Internacional Marx encontró frente a él a Bakunin y a sus camaradas para salvaguardar la libertad contra sus ambiciones, en estos años críticos de 1879-80, cuando el socialismo alemán iba a la deriva, Most y sus amigos, aislados y pobres, calumniados y perseguidos, estuvieron en la brecha e hicieron todo lo posible: lógicamente en esas dos ocasiones se llegó al *anarquismo*. Fué inevitable porque en verdad *socialismo y anarquía son inseparables y no constituyen más que una cosa, el socialismo íntegro y completo;* todo socialismo privado de la anarquía concluye mal — concluye en el legalitarismo o en la dictadura.

El rol de Most en la historia del socialismo no es, pues, uno de los menores: le incumbió un gran trabajo a realizar y estuvo a la altura de su misión; y pasó toda su vida hasta su último día en la brecha. Marx, Kautsky, Bernstein tienen también su puesto en la historia del socialismo, pero es la de los organizadores de la retirada, de la derrota, de esa desgraciada parte del socialismo que se inspira en sus doctrinas. Si tienen en su favor el número, es que obtienen ese número de la masa atrasada, no despertada aún; cuanto más retroceden, más grande se vuelve la cifra de los electores y de los inscritos nominales.

¡Con qué placer vuelvo a nuestra querida anarquía después de esta excursión por sobre lo que el marxismo más reconocido de nuestros días tenía que decir de Johann Most!

Max Nettlau

14 de septiembre de 1924.

La Administración hace con los ciudadanos lo que se le antoja. Se prosternan ante ella y pagan para ser fastidiados y sufrir sus caprichos.

G. de Lacaze-Duthiers

"zarnos?", y los niños respondían: "Estamos listos".

¡Ah, los lobos del autoritarismo, con qué fruición preparan y "condimentan" las tiernas presas que el monstruo del Estado ha de inmolar en su holocausto!

¡Pobres niños hambrientos, cuánta inocencia hay en vuestra estudiada contestación! Si sabrán esas criaturas lo que dicen. ¿Y ese digno sucesor de Lenin es el presidente de la república socialista?

El tiranuelo se ha retratado de cuerpo entero... Rykov no podía haber revelado con menos palabras una mentalidad tan exactamente marxista. Triste porvenir el de un pueblo que reemplaza a sus tiranos para perpetuar su propia esclavitud. Ser aclamado por los niños alineados y por los esclavos uniformados, constituye el triunfo de los ineptos. Amaestrar y domesticar a la infancia no es conquistar la vida. ¿Ese es el "triunfo resonante del Soviet"? ¡Cuánta inocencia!...

H

Las sorpresas de una polémica

Sabía ya que discutir a tanta distancia de lugar y de tiempo — ¡hay de por medio todo el Atlántico y casi dos meses entre la vuelta y la respuesta! — sería cosa difícil, pero no creía que me reservase también la sorpresa de ser puesto entre... los revolucionarios pasivos!

Por ventura, dígame el queridísimo compañero y amigo que ha escrito el artículo que a mí se refiere en LA PROTESTA del 20 de julio ppdo., ¿es él verdaderamente un revolucionario activo? y, qué entiende por "activo", qué por "pasivo"?

Pero veamos, si es posible, de no hacer literatura con nuestras fintas polémicas, y vayamos al grano. El articulista de LA PROTESTA, de todo cuanto yo he escrito en el pasado a propósito de los sindicatos y del sindicalismo, deduce la conclusión de que no sólo estamos en desacuerdo sobre las cuestiones de táctica obrera, sobre el frente único, la unidad obrera, el neutralismo sindical, etc., sino que diferimos también en el modo de apreciar *la función del anarquismo en las luchas del proletariado*. Sobre esto verdaderamente no sabría pronunciarme. Desacuerdo en materia sindical existe, verdaderamente; y yo tengo la impresión de que el desacuerdo nace sobre todo de la diversidad profunda entre las condiciones del ambiente europeo y el sudamericano. Justa o no esta impresión (hablo de simple impresión, y no de una convicción madura, pues no conozco bastante las cosas y los hechos de ahí), el desacuerdo en materia sindical existe; y sería pueril negarlo.

Pero no veo tan claramente que haya también un desacuerdo en el terreno político, vale decir en lo que se refiere a la teoría y la táctica anarquistas; y probablemente no lo veo, porque no comprendo bien cuál debería ser, según mi contradictor, la función del anarquismo en las luchas proletarias. ¿No es, acaso, la misma función que le asignaban Bakunin y Kropotkin, Lorenzo y Ferrer, Reclus y la Michel, Cafiero y Gori?, vale decir, la función de defender y propugnar la libertad para todos y para cada uno, de modo que también en el ámbito del movimiento obrero ninguna violencia u ofensa o aminoramiento se causase a la conciencia o al pensamiento de cada asociado?, la función, en consecuencia, de conquistar por este camino, por medio de la solidaridad, la mayor suma posible de bienestar y de libertad?

Yo creía, verdaderamente, que mi concepción anarquista no divergía, en este terreno, de la del óptimo compañero que escribe en LA PROTESTA; y todavía espero, para persuadirme de lo contrario, que él mismo me muestre dónde está la divergencia, pues tengo la duda de que a su vez él también conozca poco mi pensamiento y me atribuya, en su opinión, ideas en realidad diversas de las que tengo. Esta duda está valorizada en mí por algunos equívocos y algunos olvidos en que ha caído. Yo respondí a las objeciones que se me hicieron bastante extensamente en el número 80 (del 30 de junio de 1923) del SUPLEMENTO de LA PROTESTA.

Observaba en aquel artículo mío que "tal vez hubiera sido bueno, para juzgar con exactitud mis ideas, esperar que hubiese terminado de exponerlas"; pero no obstante no me negué a reasumir desde entonces aquellas ideas mías sobre la unidad proletaria; y procuré ser lo más terminante posible al refutar las razones de mi contradictor que me parecían erróneas. Como todo tiene un límite, después de cuatro columnas de prosa, con la que temía haber aburrido demasiado a los lectores, truncaba entonces mi réplica pero no sin haber dicho lo que me parecía necesario.

Ni con eso me consideré satisfecho, ni trunqué, en el verdadero sentido de la palabra, la discusión. Luego volví varias veces, en otros artículos publicados en LA PROTESTA, sea incidentalmente, sea expresamente, sobre el mismo asunto. Sin mencionar las referencias accidentales, básteme mencionar aquí *El problema de la unidad obrera*, en los números 101 y 102 (del 24 y 31 de diciembre de 1923) del SUPLEMENTO SEMANAL y *Sindicato y partidos políticos* en el número 103 del 7 de enero de 1924, — en los cuales me parece haber dicho todo lo demás que podía ser necesario.

En aquellos artículos, como en el último, *Contradicciones y realidad* (número 130, del 14 de julio pasado), me parece que está implícita o explícita la respuesta a todas las objeciones de mi cortés contradictor. Tenga el lector la paciencia de releer aquellos 4 ó 5 números del Suplemento, y verá que no me engaño.

Se me dice que estoy en error porque carezco de experiencia como organizador. Puede ser, ya que experiencia nunca se tiene bastante...

Pero me parece haber dicho que, en mis tiempos, he sido yo también, durante dos años más o menos, organizador; y me parece haber vivido la vida sindical desde dentro, lo bastante para poder hablar con conocimiento de causa. Además he continuado siempre y continúo, por mi profesión, siendo un organizado de mi sindicato. Que si, como he dicho otra vez, he preferido desde 1911 en adelante dedicar mi modesta actividad exclusivamente al movimiento y a la propaganda anarquista, he continuado siempre observando con la atención debida todo lo que sucedía en el movimiento sindical y me he mantenido ininterrumpidamente en contacto con los hombres, especialmente los anarquistas, que hasta ayer participaron en él.

Las ideas que tengo sobre este asunto no son, pues, fruto de elucubraciones cerebrales y doctrinarias abstractas, sino ideas que me sugirió la experiencia vivida y la constante observación de los hechos, vistos, es cierto, a la luz de mi fe anarquista, pero tales cual son en la realidad.

No veo por qué ha de haber contradicción entre el concepto de un mínimo de neutralidad sindical que permita a los obreros de las varias corrientes políticas e ideológicas pertenecer al sindicato sin sentirse ofendidos en su conciencia y en sus convicciones personales, y el concepto de que los anarquistas deban hacer en el seno de este sindicato neutral su propia propaganda y ejercer su propia influencia de modo de determinar una actividad siempre más libertaria y revolucionaria.

Ya he explicado cómo un concepto se armoniza con el otro en el ya citado artículo *Contradicciones y realidad*, número 130, página 3, con las palabras: "Orientar el movimiento obrero por medio de la propaganda", etc., hasta las palabras (en la tercera columna): "el juego de los enemigos comunes". De eso se deduce que no es cierto, como supone el escritor de LA PROTESTA, que los anarquistas deban comportarse en los sindicatos como sindicalistas; ellos son y continúan siendo anarquistas; vale decir, obran y hablan, en el seno de la organización neutral, *anárquicamente* para ejercer con sus propios medios y sus propias fuerzas, libremente, toda la influencia de que son capaces.

Ciertamente, de acuerdo con la doctrina anarquista, yo soy de opinión que los anarquistas no pueden, sin contradecirse, ejercer esta influencia más que con la propaganda, vale decir con la persuasión del razonamiento y con la propaganda de los hechos. Si en las organizaciones o en las asambleas ellos *impusiesen* su voluntad a los obreros disidentes, obrarían no ya anárquicamente sino dictatorialmente, o a lo sumo democráticamente. Los anarquistas que, o por una resolución de mayoría, o abusando de su posición de funcionarios de la organización, impusiesen sus ideas y su etiqueta a obreros que no las comparten, violarían la conciencia, cometerían un acto despótico.

No es por cierto una "paradoja libertaria" decir que toda imposición es violación de libertad y por tanto lo opuesto del concepto anarquista, que no puede ser aceptado sino voluntariamente por persuasión. Esto vale tanto para el individuo aislado como para la organización y los individuos que la componen.

Yo soy, pues,contrario, porque soy anarquista, a este concepto de la imposición de la propia voluntad o de las propias ideas, — y me parece superfluo insistir aún sobre este principio fundamental para el anarquismo. Pero no comprendo por qué mi contradictor agrega estas otras palabras, que quisieran referirse a otro pensamiento mío que yo nunca he dicho:

"Fabbri dice que no hay que esforzarse en orientar a los sindicatos de acuerdo con nuestros puntos de vista, ni oponer a las ideas dominantes una comprensión distinta del problema social, porque eso es tiranía, imposición, violencia. Y llega al extremo de decir que el anarquismo no debe operar realizaciones violentas, pues la anarquía no será un hecho hasta que todos los hombres o una gran mayoría no sean anarquistas".

Por ventura, ¿dónde he escrito yo todas estas cosas? Sería bueno que, en la discusión, mis ideas fuesen referidas en lo posible con mis mismas palabras; de otro modo no nos entenderemos nunca, y yo estaré obligado a hacer siempre de nuevo repetidas rectificaciones!

Nunca he dicho que los anarquistas no deban tratar de orientar los sindicatos según nuestro punto de vista; al contrario, he explicado más arriba que los anarquistas deben, con la porpaganda y el ejemplo, influir en la actividad sindical, vale decir, dirigirla siempre más hacia nuestras directivas; pero la dirección u orientación del sindicato debe ser la resultante de la voluntad de los organizados, de sus ideas, de su persuasión, y *no de la imposición* de un artículo del estatuto o del comando de los dirigentes. Y esa orientación debe tener una forma, una expresión que no choque con la conciencia de las minorías disidentes y les deje la libertad de ejercer a su vez su propia influencia. Y por lo demás ninguna directiva, por buena que sea, debe ser forzada y hecha permanente con deliberaciones apriorísticas que aten el porvenir e impidan a los organizados cambiar de dirección con el cambio de sus convicciones.

Es la concepción de la libertad aplicada al movimiento obrero, que no podemos violar sin renegar la anarquía. Adoptar la táctica opuesta significaría transportar el método de la "dictadura" al movimiento obrero: es decir, hacer como hacen los organizadores sindicales de los llamados "sindicatos rojos" comunistas, que obedecen al verbo de Moscú; los cuales, en efecto, por medio de los reglamentos, los estatutos y los funcionarios imponen a las uniones obreras en que predominan, menospreciando el parecer de las minorías y hasta de las mismas mayorías, las directivas sindicales y políticas de la III Internacional moscovita.

Nosotros, al contrario, debemos combatir en la organización sindical todas las dictaduras, comprendida (permítaseme la frase paradojal y contradictoria) la dictadura anarquista.

Inútil es decir que si (como siempre he dicho) los anarquistas tienen el deber de hacer siempre su propaganda dentro y fuera de la organización, yo no puedo haber dicho nunca que no se deba oponer a las ideas dominantes una comprensión distinta y diversa, nuestra, del problema social. Al contrario, he dicho que eso se debe hacer: naturalmente, con la propaganda, con la persuasión, y no por la fuerza. Tiranía, imposición, violencia habría si se emplease la coerción, vale decir cualquier medio que no implique la adhesión voluntaria; si se opusiese a las ideas adversarias la fuerza o el engaño; pero no cuando se opongan las ideas a las ideas, la propia comprensión del problema social a la comprensión ajena.

Pero en este punto mi contradictor parece que deja la cuestión especial de la acción anarquista en los sindicatos, para pasar a la cuestión general de la actuación de la anarquía. Comprende, empero, que quedando firmes los principios, su aplicación en una vasta escala requiere mayores explicaciones; y no puede deducir mi idea general de la organización social futura de lo que puedo haber dicho sobre la organización de un simple sindicato en la sociedad actual.

También en esto se me atribuye un lenguaje inexacto y poco claro. ¿El anarquismo puede operar realizaciones violentas? Según lo que se entienda por "realización". Indudablemente en el proceso negativo, en la fase revolucionaria y de combate, por la necesidad de defenderse de violencias opuestas y de libertarse de regímenes violentos de tiranía y de explotación, el anarquismo no puede ser "pasivo": esto es, debe ser violento. Cuando pasa a realizar su programa, entonces el aspecto de las cosas cambia. Los anarquistas continúan teniendo el derecho de defender con la violencia su propia libertad de experimentación y de realización contra los que quisiesen limitarla o impedirla con la violencia, fuese ella la violencia organizada de un nuevo gobierno o la violencia confusionaria de individuos o grupos prepotentes o mal intencionados.

Pero en lo que se refiere a la realización efectiva del organismo social nuevo, anarquista; en lo que se refiere al trabajo de reconstrucción, la violencia no sirve para nada. Si se la emplease, podría reconstruir sólo un régimen autoritario; es seguro que destruiría toda posibilidad anarquista. La sociedad anarquista, en el interior, no podría ser construída y constituída más que por anarquistas y por elementos que libremente aceptasen vivir en anarquía y cooperar a la nueva construcción. No podríamos obligar por la fuerza a los otros, fuéran pocos o muchos, con la violencia o el engaño o la condena al hambre, sin renegar la anarquía; porque haciendo eso nosotros, aunque continuásemos diciéndonos anarquistas, constituiríamos en realidad un nuevo gobierno, poco importa si basado sobre la mayoría (democrático) o sobre la minoría (dictatorial).

Para hacer un parangón: teniendo que demoler una casa vieja para construir una nueva, el pico es el instrumento más importante; después de demolida la vieja, para el trabajo de reconstrucción se necesita, en cambio, la cuchara, el martillo el compás, etc. El pico no sirve más. Si se trata de albañiles libres (no confundir con los fracmasones!), podrán también usar la violencia contra fuerzas extrañas que quisiesen impedirles el trabajo o imponerles uno distinto; pero entre ellos, en las relaciones recíprocas, no podrían usar la violencia, obligar a éste o aquél a trabajar por la fuerza, sin cesar de ser libres. Todos deben trabajar voluntariamente. "¿Pero si hay alguno que no quiere trabajar?" Echadlo; el mundo es grande y hay puesto para todos, sin necesidad de molestarse continuamente. "¿Y si los de buena voluntad no fuesen suficientes para construir la casa?" Significaría que la casa no se puede hacer, o bien que todavía no es posible el trabajo libre. Es decir, significaría que todavía no es posible la anarquía.

Y en este caso a los anarquistas no les quedaría más que continuar combatiendo, hacer propaganda, rebelarse a las imposiciones ajenas, hasta el día en que estén en número suficiente para organizarse por sí mismos y vivir anárquicamente. Entretanto, la lucha por su parte continuará para tratar de ser lo más libres y lo menos esclavos posible... tal como se hace hoy.

Pero esto no significa, ni yo lo he dicho nunca, que "la anarquía no será un hecho mientras todos los hombres, o una gran mayoría, no sean anarquistas". Quien dijera eso cometería el mismo error de aquellos revolucionarios moderados que dicen: "¿La revolución? sí, pero con tal que sea internacional; de otro modo no es posible".

Yo creo posible la revolución aún limitada a pocas naciones limítrofes o hasta a una sola. Sus resultados intrínsecos serán mayores cuanto más extensa sea, esto es cierto; pero eso no quita que una revolución menos extensa pueda tener resultados, menores, sí, pero siempre apreciables y útiles a la causa de la libertad y de la justicia.

Así es para la anarquía. Naturalmente, una sociedad anarquista que consiguiese establecerse en todas las naciones del mundo estaría en condiciones mejores, y por consiguiente sería menos imperfecta, que una sociedad anarquista que no comprendiese más que pocas naciones o una sola. Pero esperar esta mejor posibilidad y rechazar, en espera de lo óptimo, toda posibilidad de organizarse anárquicamente sobre bases más restringidas, sería cosa de tontos; como sería tonto no aprovechar la ocasión revolucionaria que se presentase en un país, en espera de que todos los países hagan también la revolución. En uno y otro caso, en substancia, esperar significará renunciar a la anarquía o a la revolución quizás para siempre.

Yo creo que sería posible la constitución anarquista de una sociedad, por restringida que pudiera ser, cuando sus componentes estuviesen en número suficiente y tuviesen fuerzas y posibilidades materiales bastantes, sea para defenderse contra eventuales ataques externos, sea para proveer por sí mismos a la producción, abastecimientos, cambios, servicios públicos más importantes e indispensables. No "todos los hombres", pues, ni tampoco su "gran mayoría"...

Más aún, yo soy de opinión que también pequeñas minorías pueden vivir y regirse anárquicamente (comunas, regiones, ramos de industria, grupos y federaciones de grupos, etc.), limitadamente a su servicio interno y en las cosas a que pueden proveer de por sí. Se entiende que se trataría de una aplicación más imperfecta, y por lo demás imposible si el ambiente externo le fuese demasiado hostil y estuviese organizado demasiado tiránicamente. Pero si, por ejemplo, de una revolución surgiese un régimen autoritario, en el que las minorías anarquistas fuesen tan fuertes como para poder pretender su autonomía, nada impediría que se estableciese un pacto de convivencia entre mayorías y minorías, que dejase a éstas la libertad de experimentación, de organización interna y local y de administración de que tuviesen la fuerza, los medios y la capacidad.

Los anarquistas a su vez no podrán negar a los otros la misma libertad, cuando ésta no signifique dominación de la libertad ajena. Por ejemplo, imaginad una sociedad regida anárquicamente, en que conviviesen católicos, o hebreos, o protestantes, etc. Los anarquistas ateos no impedirían ciertamente a los católicos, o hebreos, o protestantes, etc., el ejercicio de su culto, la nómina o reconocimiento de sus curas y demás, cuando a todo eso ellos proveyesen por sí mismos, con su propio trabajo, sin pretender el concurso ajeno y sin querer imponer a los otros su parecer y sus prácticas. Los anarquistas no religiosos podrían desaprobarlos y combatirlos con la propaganda y la libre discusión, pero no lesionar su libertad con la violencia. Así, si hubiese otras minorías que quisiesen organizar diversamente de los otros su vida interna de grupo, profesional, comunal, etc., la mayoría no podría impedírselo, si quiere seguir siendo anarquista.

Anarquía significa, en suma, sociedad que se rige sin autoridades coercitivas, sin violencia, sin imposición, y que cuenta para regirse con el consenso mutuo, la cooperación voluntaria, la libre adhesión de todos sus componentes. Pequeña o grande una sociedad anarquista, — un simple grupo, una comuna, una región, una nación, o el mundo entero, — para ser anarquista es necesario que sean anarquistas sus componentes o, por lo menos, aunque no persuadidos del todo en teoría, consientan libremente en vivir en anarquía; y para no contradecir su nombre y su base fundamental es preciso que reconozca a las minorías disidentes el derecho, en lo que les concierne, de hacer a su modo.

Sólo con estos principios y estas normas el anarquismo podrá (uso las mismas palabras del escritor de LA PROTESTA, que, al contrario, cree que yo quiero negar todo esto!) desarrollar *su capacidad y energía creadora*, hacer resaltar *el valor social de las ideas y de las funciones históricas que el movimiento revolucionario* (y anarquista) *representa en su lucha contra los regímenes estatales.*

Luigi Fabbri

(*Concluirá*)

POR LOS SALONES

Exposición Pettoruti

La exposición Pettoruti en el Salón Witcomb, ha tenido la rara virtud de promover los más variados comentarios, los más disparatados juicios, las más absurdas opiniones, los elogios más idiotas y los pareceres más obtusos e incomprensivos. El revuelo producido por esta muestra de "istas", asemejase a la pedrada arrojada a un árbol cargado de pajárracos de todas las especies y colores y cuya gritería se eleva ensordecedora.

También actuó sobre nuestro ambiente artístico como el reactivo químico que sobre una placa fotográfica revela el panorama desvanecido. El tonto fué infinitamente más tonto, el reaccionario incondicional defensor del academismo más momificado resultó ser partidario de una modernidad estética y finisecular que imperó y ya también caduco en Europa.

En fin, todas las pansioncillas, todas las vanidades encocoradas y todas las cobardías inconfesables, encarnadas en estetas de peluquería y literatoides en busca de un diploma de idoneidad que les hiciera aptos en lo futuro para ergotear sobre el esfuerzo ajeno, se pavonearon durante todo el tiempo que estuvo abierta esta exhibición. Hasta el presidente de la república fué complicado en este acontecimiento artístico. Hasta Souza Reilly elogió a Pettoruti y hasta Pagano se comidió a rendir cumplida pleitesía al importador de un ismo en nuestro país. Una verdadera avalancha de ditirambos, de himnos, de odas en prosa sepultó a estos cuadros bajo sus metáforas de papel y los lugares comunes de pragmática, en estas ocasiones.

Escasos fueron los que razonaron con ecuanimidad y con tono sereno sus sensaciones ante esta relativamente inusitada forma de interpretar plásticamente la naturaleza.

Digamos entonces que no estamos de acuerdo ni con la cohorte de gansos que entonó el formidable coro de alabanzas, ni tampoco con los asnos que rebuznaron su incomprensión frente a esa suma de búsquedas dignísimas y honrosas para quien las llevó a cabo.

Por eso, nuestra posición estética respecto al arte de Pettoruti, se halla tan distante del pintor "académico" y faraónico, como de un Chiappori, quien simula entender y aplaude, escogiendo tal o cual tela para cristalizar su admiración cadavérica.

* * *

Apresurémonos a manifestar, desde ya, que en este país vivimos con un atraso de veinte años, respecto a Europa, en lo que atañe a arte, literatura y filosofía. Si los figurines de la moda llegan después del año que se hallan en uso en París o en Pekín, los cartabones estéticos llegan aquí con un desdeñable atraso de diez o quince años. El mismo impresionismo, que es ahora solamente un vago recuerdo en Europa, tiene en la Argentina sus malhadados cultores.

Por eso, lo que para nosotros resulta novedoso en este momento y en estos días, en Europa ya está de regreso.

Si esto no aminora el valor de la exposición de Pettoruti, — porque en cualquier tendencia un artista puede descollar — tampoco dice mucho en pro del asombro papagayesco de sus turiferarios.

Apurémonos también a declarar que no pretendemos negar el temperamento que como pintor posee Emilio Pettoruti, que quizás sea uno de los más dotados de nuestro medio artístico y cuyos magníficos dones lo singularizan de la párvada de los acróbatas y equilibristas que con su arte hacen volatines y saltos mortales.

Y por reconocerle esta cualidad fundamental es que pretendemos ser la nota discordante en esta sinfonía de elogios melodiosos y almibarados. Parece que en la antigua Roma, a los triunfadores los paseaban por las calles, para que las muchedumbres los hicieran objeto de sus aplausos y a fin de que las mujeres los cubriesen de flores. Pero detrás del carro triunfal del héroe, arrastrado por cuádrigas de caballos fogosos y piafadores, iba un esclavo vociferándole los defectos, las mezquinas triquiñuelas, los errores cometidos, a fin de que este hombre endiosado en un minuto de embriaguez y de locura por la diosa Fortuna, recordara su condición deleznable de ente falible.

Bien. En este cuarto de hora de apoteosis que tuvo el artista, merced al agasajo

unánime de la prensa, de los amigos y de los allegados, queremos recordarle que sus obras no están exentas de fallas y lunares tan tupidos que empañan toda emoción que se podría retrotraer de ellas.

Si nos interesan los dones de Pettoruti y su sensibilidad privilegiada, apenas si nuestro espíritu halla algún deleite, algún goce en la contemplación del conjunto de su obra. Nos explicaremos. François Copée, poeta y dramaturgo francés, empezó muy temprano a componer versos.

A los veinticinco años fué a consultar a Teófilo Gautier, que se hallaba en la plenitud de su gloria, y le dejó dos o tres volúmenes inéditos de poesías. El poeta parnasiano, los leyó, y poco después mandó a llamar a Coppeé, y le dijo: Usted podrá ser un gran poeta, pero para llegar a serlo un día, tiene que echar al fuego todos esos libros y empezar nuevamente a estudiar y trabajar.

Y esto mismo cabe decirle a este artista sobre su obra.

No afirmaremos, como lo hacen muchos, que Pettoruti está desorientado y se halla en un mal camino, porque no reflejaría fielmente nuestro sentir, ni nuestro pensamiento.

Solamente los inquietos, los sinceros son los que ensayan y se torturan ensayando a fin de encontrarse a ellos mismos. Esto le acaece a todos los que tienen algo que decir. Esta es la parte noble y digna del mayor encomio, de Pettoruti. Su ansia, esa sed inagotable para beber en fuentes prístinas de una belleza inédita, es lo único que nos capta en él

Por eso, y porque tenemos fe en lo que le depara el porvenir, vamos a decirle franca y rudamente que toda su pintura tiene la falla capital de carecer del más ínfimo elemento humano. Es decir, es un arte deshumanizado. Es una modalidad pictórica, que se dirige meramente a los sentidos mediante composiciones vivaces de color. Este cromatismo agradable, en vez de producir una emoción de mayor o menor intensidad, se reduce en un halago poco más o menos placentero.

Por primera vez y a primera intención, nos sorprende alegremente. Pero cuando se empieza a meditar y la facultad analítica intenta una labor de selección, buscando las virtudes fundamentales de esta manifestación plástica, nos vemos precisados a reconocer que los cuadros de Pettoruti son, respecto del verdadero arte pictórico, como los sofismas de cualquier escolástico a la verdadera filosofía.

Es muy fácil innovar y creer que se inventan nuevas modalidades y verdades estéticas nuevas cuando se desarrolla el problema plástico, desde un sólo punto de vista, descuidando todo lo demás.

Pero lo que aspira a ser Arte con capital, no es tan simplista, ni su esencia es tan infantil.

Esas composiciones cubistas, pueden ser excelentes ejercicios de técnica y que le servirán a Pettoruti como una disciplina para adiestrarse en ver y construir, aunque a nosotros nos hace el mismo efecto que escuchar a un excelente pianista haciendo escalas y arpegios. Y es que en esos arpegios se hallan todos los elementos sonores y melódicos para componer una magnífica y bellísima sinfonía, pero solamente falta ordenar todos los sonidos para que expresen y digan algo. Lo mismo sucede con los lienzos de Pettoruti; la composición del cuadro existe, pero como únicamente todas las partes fueron subordinadas al sentido del ritmo y del color, la fisonomía de lo que se quisiera expresar no aparece por ninguna parte.

Más claro. Nosotros tomamos un cuento bellísimo. De esta narración seleccionamos todas las palabras que nos parecen más armoniosas, ya en el orden musical o visivo, disponiéndolas, sin tomar en cuenta la hilación del hecho, que dá carácter a esa agrupación verbal y nos encontraremos con algo bonito y agradable, como sus cuadros, que se dirigirá a los sentidos puramente mecánicos, pero que cerebralmente, emocionalmente, nada nos sugerirá.

Cosa parecida nos pasa con un tapiz persa, al admirar la fineza casi invisible de sus matices. ¿Es posible, entonces, que al Arte le esté reservado un destino tan miserrimo, que consista en un aperitivo que despierte el gusto a los hastiados y a los dispépticos, estéticamente hablando?

Y es lo que le sucede a Pettoruti, al tomar una partícula del Arte por el gran todo, lo accesorio por lo eterno.

¿Qué diría usted si todos sus panegiristas dieran en imitarlo y comenzaran a endilgarle prosas ordenadas en un sentido meramente decorativo y una cadencia puramente musical, haciendo caso omiso de la lógica y del buen sentido?

Marinetti, en su "Lacerba", intentó el "palalibrismo" — o sea las palabras en libertad, — realizando, no innovaciones fundamentales, sino reformas ortográficas y gramaticales. Ya se vé que esa nueva receta literaria no prosperó.

La particularidad de esta tendencia, es que en su origen fué una reacción violenta contra la literatura y los literatos, y estamos comprobando que sin la ayuda de las glosas y comentarios explicativos no pueden zafarse del atascadero de la incomprensión.

Y después de todo, el color, si es lo primordial en pintura, no es la única finalidad del Arte pictórico. El color para el pintor, equivale a la palabra para quien escribe.

Un pintor como Anglada Camarasa, de un temperamento tan rico en tonalidades receptivas, ya que pocos fueron los que se embriagaron como él con las orgías polícromas que la naturaleza le ofrece al artista, y sin embargo, por ese desequilibrio que existía entre su facultad visiva y la conceptiva, que discierne y escoge sus elementos para que concurran a un fin dado, hizo que se perdiera, rodando por un círculo vicioso.

La rémora más grande del arte es el color por el color, la anécdota por la anécdota, la musicalidad por la musicalidad, con el descuido de todas las otras partes que contribuirán a la armonía general.

Y en esas partes la emoción humana también concurre con su granito de arena

Ahora, después de estas reflexiones confusas y de una obscuridad enmarañada, vaya una felicitación sincera para quién nos obligó a rumiar y discutir este angustioso problema de ser o no ser que nos plantea el Arte en todas las encrucijadas del camino.

Ya sabrá Pettoruti encontrar los días de serenidad para que su arte se complete con el maridaje feliz de la emoción que otorga el sentir una idea y la policroma diafanidad de la fantasía que es en él su cualidad preponderante.

At.

Las artes Plásticas en el Extranjero

LAUTREC

Su arte tomó directamente sus elementos de la vida que él vivió. El artista, al realizarlos, no hizo más que representar las cosas que el hombre amaba, no hizo más que constreñirse a lograr lo que el hombre, mezclado a su mundo, pudo percibir y que coincidía con su temperamento y su naturaleza. Lautrec no escribió, no desarrolló ningún sistema, no formuló los principios a que su arte obedece. No expuso en los Salones oficiales, ni buscó recompensas, ni títulos honoríficos. Fué atraído por el arte y se mantuvo sobre el único goce que le proporcionaba al transformar en materia de arte lo que exclusivamente le interesaba. Su vida y su obra se penetran tan armoniosamente que es imposible considerarlas por separado.

Al llegar a los trece años, Lautrec se fracturó los dos muslos. Al quedar débiles esos miembros, y al no soldarse muy bien los huesos, la marcha le fué penosa y difícil. Sus piernas, después del accidente, cesaron de crecer. Su vida quedó desequilibrada. La parte superior del cuerpo siguió su desarrollo natural, mientras que sus extremidades se estacionaron. A esa desgracia se añadía la de ser miope, y sus labios eran turgentes. Se sabe lo consciente que era de su fealdad por los auto-retratos caricaturizados que se hizo.

Así como se veía, forzosamente tendría que huir del ambiente en que se había criado, humillado por los hombres insolentemente desenvueltos y por las mujeres de elegancia enojosa.

Sensible por naturaleza, su fealdad explica muy bien que, perteneciendo a una familia que frecuentaba un mundo aristocrático, prefirió vivir con artistas y con mujeres de la farándula. Hubo ya otro hombre en la historia, cuya vida fué amargada por una deformidad física. Nos referimos a Lord Byron. Tenía un pie deforme — "pie-bot", — y por el tormento que padeció durante toda su vida el poeta inglés, podemos decir cómo hubo de sufrir Lautrec por su deformación, que le hacía parecerse a un pequeño monstruo.

No fué por cierto por una determinación consciente y voluntaria que abrazó la carrera del arte. Fué un hecho casual. Su madre se estableció en París, cuando él empezó sus estudios en el Liceo Condorcet

Lautrec se preparaba para su examen de bachiller, cuando vino a visitar la casa un pintor, René Princeteau, que sostenía relaciones con su padre.

Princeteau pintaba solamente caballos. Lautrec, que de su padre había heredado la doble propensión por los caballos y la pintura, pronto amistó con el artista. Lo que fué simplemente una fantasía, se tornó bien pronto en viva pasión. Sigue la enseñanza que le imparte Princeteau en su taller del barrio Saint-Honoré. Allí Lautrec encuentra a John Lewis Brown, un meridional como ellos, — un bordelés — cuya afinidad con los gustos del maestro y del discípulo no estribaba solamente en la comunidad de orígenes, sino que también coincidía con la simpatía idéntica hacia la pintura de caballos que poseía a los dos.

Mientras tanto, Princeteau no tenía la pretensión de servir de maestro a Lautrec, quien, después de haber seguido su aprendizaje hasta donde pudo, experimentaba el fuerte deseo de seguir un curso de enseñanza regular y metódica. Fué entonces cuando supo que en él había nacido la vocación por la pintura. Entra en el taller de Bonnat. No se queda más que una breve temporada, y pasa al de Cormont (1885-86). Allá se limita a aprender las reglas que le enseñan. Como todo el mundo, trabaja del natural, buscando realizar escrupulosamente lo que vé. Pero los temperamentos verdaderamente originales impregnan en seguida lo que hacen, dejando huellas de su carácter peculiar, y Lautrec pronto se mostró de cuerpo entero. Su personalidad aparecía ya en los estudios de taller, y un conocedor, al verlos, diría en seguida: "He aquí obras de Lautrec".

Concluído su aprendizaje, poseído del deseo de desarrollar su orientación y buscar en cuáles de sus predecesores podría inspirarse, surgió en él una intensa admiración por Degas. Lautrec, al sentirse atraído por el arte de Degas, demostraba cuál era su propensión y en las afinidades en que él incidiría.

Se relaciona con Forain y, después de Degas, su admiración se enciende por Manet y Renoir. Los artistas japoneses ejercen también su influencia en él, debiéndole a ellos algunos rasgos más característicos de su arte, y por mucho tiempo abrigó el deseo de visitar el Japón.

Por otra parte, Lautrec recibía una pensión de su familia que le ponía a cubierto de toda zozobra material, eximiéndole de cualquier inquietud sobre las ventajas pecuniarias que le pudiese devengar su arte.

En un país como Francia, donde el arte de la pintura se cultivó durante varios siglos, los maestros se han sucedido de tal manera que se eslabonaron unos a otros, cualquiera fuera su originalidad o su capacidad que pudieron desplegar, pero siempre, en sus comienzos, se apoyaron en sus predecesores. Los maestros que se sucedieron de este modo continuaban unidos por un lazo que los ataba a la tradición común, para después avanzar por los caminos de la investigación libre, que contribuiría al desarrollo de la Escuela Francesa en su conjunto. Lautrec, influenciado por Degas, se remontaba a la tradición del estilo y del dibujo en lo que tenían de clásicos, pero también en lo que poseían de eminentemente francés y, además, tomaba sus principales elementos en la observación de la vida.

Lautrec, dueño de su propio arte, está a punto de crear a su vez una nueva modalidad en el nosáico de la Escuela Francesa. Ya adulto, se encuentra entre el torbellino de la vida parisiense. Por lo pronto, ¿qué verá de característico y particular en ese ambiente?

LAUTREC — Torso

Montmartre en esa época se distinguía por sus espectáculos y los lugares de diversiones. Es que París en todos los tiempos recién a los visitantes teatros, bailes, clínicas representaciones donde las danzas atrevidas se unían a la fantasía de la escena, pero sin inventar nada novedoso para romper la monotonía de esos espectáculos. Montmartre comenzaba a transformarse, y pronto surgieron una se-

Los últimos días de Tolstoy

RELATO INÉDITO DE SU HIJA ALEJANDRA

III

LEVE MEJORIA. —TOLSTOY TELEGRAFIA A TCHERTKOV. — SU POSTRER "PENSAMIENTO". — LE ATACA DE NUEVO LA FIEBRE; SINTOMAS DE PNEUMONIA.—LLEGADA DE CHERTKOV, Y UN POCO MAS TARDE DE LA MUJER E HIJOS DE TOLSTOY.—HABLA CON SU HIJO SERGIO.—SE JUZGA IMPOSIBLE UNA ENTREVISTA CON SU MUJER.

Por la mañana le tomamos la temperatura y, a pesar de lo que esperábamos, el termómetro marcó 36°2. El estado de mi padre era bastante bueno; hablaba continuamente de la necesidad de proseguir el viaje.Evidentemente estaba inquieto por las posibles indiscreciones acerca del lugar en que se hallaba, y me pidió redactara el siguiente telegrama:

"Me he sentido mal ayer; los pasajeros me han visto; he descendido del tren muy débil; temo que esto se propague por todas partes. Hoy estoy mejor; continuamos el viaje.Tome las medidas necesarias y envíeme noticias suyas".

Aprovechando el buen estado de mi padre, decidíme a preguntarle qué debería hacer en el caso que su enfermedad durara o se hiciere peligrosa. Tenía conciencia de la gran responsabilidad que asumía, consideraba como un deber ineludible informar a nuestra familia, como lo había prometido, no bien mi padre cayera enfermo. Mi padre se mostró muy inquieto al oír lo que yo decía y me rogó que en ningún caso diera a conocer a nuestra familia, ni su mal, ni el lugar de su estada.

—Quisiera solamente ver a Tchertkov, añadió.

Yo envié en seguida el telegrama siguiente a Tchertkov:"Descendimos ayer en Astapovo; fiebre intensa, aturdimientos; por la mañana temperatura normal; ahora retorna fiebre. Imposible continuar viaje; expresó el deseo de veros. Frolova" (mi pseudónimo convenido). Transcurridas unas horas llegó la respuesta de Tchertkov en la que anunciaba su llegada a Astapovo para el día siguiente a primera hora.

Esa misma mañana, mi padre me dictó el pensamietno que sigue: *"Dios es un Todo ilimitado; el hombre es solamente una manifestación limitada de Dios"*. Yo anoté y esperé la continuación.

—Nada más, dijo.

Permaneció algunos instantes silencioso, pareciendo reflexionar; luego me llamó otra vez.

—Toma mi libro de notas y escribe: "Dios es el Todoilimitado de quien el hombre tiene conciencia de ser una parte limitada. Sólo Dios existe realmente. El hombre es, por la materia, su manifestación en el tiempo y en el espacio. Cuanto más la manifestación de Dios en el hombre (la vida) se une a las manifestaciones (a las vidas) de las otras criaturas, tanto más existe. La unión de la propia vida con la vida de las otras criaturas se realiza con la ayuda del amor. Dios no es el amor, pero cuanto más el amor se manifiesta, tanto más el hombre manifiesta a Dios. Nosotros reconocemos a Dios únicamente por la conciencia de su manifestación en nosotros. Todo lo que se puede deducir de esta conciencia y la dirección de la vida fundada sobre ella, es que satisfacen siempre al hombre, tanto en el conocimiento de Dios como en la dirección de la vida que toma por base esta conciencia".

Un momento después volvíome a llamar y dijo:

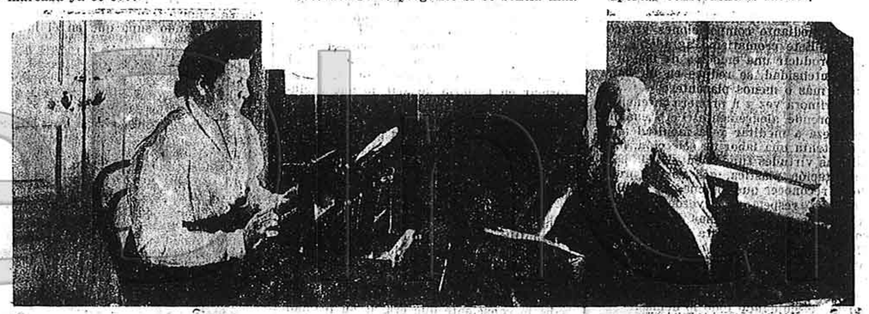
—Ahora, voy a escribir a Tania y a Serioja (1).

Estaba evidentemente preocupado por haberme prohibido, poco antes, mandar por ellos, y deseaba explicarles la razón que no le permitía verlos. Varias veces dejó de dictar, imposibilitado por las lágrimas y la angustia que experimentaba, y, por momentos, apenas podía oír su voz, tan queda se hacía.

Escribí el dictado taquigráficamente, lo pasé en limpio y se lo dí para que firmara.

—Se lo entregarás después de mi muerte, dijo llorando.

Hacía las nueve los escalofríos recomenzaron y la fiebre aumentó. Gemía, se agitaba y dollale extremadamente la cabeza. A las cuatro de la tarde el termómetro marcaba ya 39°8...



LEON TOLSTOY, DICTANDO A SU HIJA ALEJANDRA

El jefe de la estación, Ivan Ivanovitch Ozoline, excelente hombre de quien jamás olvidaré la bondad y la activa ayuda, nos dedicó todo su tiempo, en la medida que su servicio se lo permitió. Los esposos Ozoline aposentaron a sus tres hijitos en una piecita un tanto apartada, lo que, por otra parte, no les molestó mayormente. Llegaban hasta nosotros sus vóces gozosas y sus risas, sin cesar, y la más chiquitina cantaba con entonación sonora; escuchando su canción ingenua y alegre, nuestra tristeza se hacía más intensa, tan inmenso era el contraste entre este júbilo sin inquietudes y el gran pesar que nos atenaceaba.

Mi padre hizo venir ese día a Ivan Ivanovitch y a su mujer, les agradeció su generosa hospitalidad y les interrogó acerca de sus hijitos. Los Ozoline salieron de la habitación conmovidos y dichosos.

Cuando por la noche, Douchan Petrovitch y el médico de la estación auscultaron a mi padre, percibieron en su pecho silbidos: síntomas ciertos de una pneumonía. Nuestra inquietud aumentó más aún cuando aparecieron la tos y las expectoraciones con tintes sanguíneos.

Después de consultarnos, decidimos dirigir un despacho a Serge Lwvitch, rogándole nos enviara al doctor Nikitine (2).

Me era muy penoso dar este paso, habiendo prometido a mi padre no hacer venir a nadie. Yo no podía, a pesar de ello, asumir la responsabilidad de no llamar a un buen médico, cuando estaba dentro de mis posibilidades. Después de vacilar, envié un telegrama urgente a mi hermano Serge, solicitándole nos trajera el médico.

En la noche del 1 al 2 de noviembre la fiebre aumentó y alcanzó hacia las cinco de la mañana, 39°1. El corazón latía débilmente, tenía noventa pulsaciones, y la respiración iba de 38 a 40. En cierto momento pidió té con limón, que bebió con placer, y dijo:

—He aquí algo bueno; esto me aliviará, tal vez.

Cada vez que pronunciaba algunas palabras con voz firme y sonriente, nosotros nos sentíamos un si es no es gozosos y comenzábamos a creer que iba a restablecerse completamente; por el contrario, cuando se ponía a gemir, se desvanecía nuevamente la esperanza, y nos parecía que todo estaba terminado. Con semejantes alternativas transcurrieron esos días.

A las 7 de la mañana tenía 39°2 de temperatura. Mi padre examinó por sí mismo el termómetro y dijo:

—No, esto no va bien.

A las nueve llegó Vladimir Grigorievitch (Tcherkov) con su secretario A. P. Sergueinenko. Su entrevista, después de haber pasado varios meses sin verse, fué muy conmovedora. Ambos lloraban. Yo tampoco pude retener mis lágrimas en el cuarto contiguo. Mi padre experimentó una gran dicha al volver a ver a Tchertkov. Le interrogó acerca de Sofía Andreievna, instóle le dijera todo lo que a ella concernía, así como también lo que se refiere a la salud de la mujer y de la madre de Tchertkov.

Hacía las tres de la tarde la temperatura bajó un tanto, pero mi padre no cesó de gemir, quejándose de dolores en el costado. Yo le pregunté si se sentía mal. Pensando que le interrogaba sobre su sufrimiento moral, respondíome:

—Naturalmente, mal; yo no vivo todavía una vida normal.

En ese momento entró el jefe de la estación y nos anunció que había llegado un telegrama de una estación de ferrocarril, anunciando que acababa de partir un tren especial que arribaría a Astapovo a las 9 de la noche: era mi madre y toda la familia que abandonaban Yasnaia-Poliana. Era evidente para todo el mundo que una entrevista entre mi padre y mi madre sería de graves consecuencias para su salud. En vista de tal situación encargamos a Douchan Petrovitch conversara con la familia, a fin de persuadir a Sofía Andreievna no se mostrase a Lev Nikolaievitch.

A las cuatro, el estado de mi padre empeoró. Se le tomó la temperatura y cuando se retiró el termómetro y mi padre vió que marcaba 39°2, dijo:

—¡Mal! No os ofusquéis (3).

A las ocho de la noche llegó mi hermano Sergio. Estaba muy emocionado, insistía tenazmente en ver a papá, teniendo sin embargo conciencia que esta entrevista podría emocionar fuertemente al enfermo. Titubeamos mucho tiempo. Mi hermano observaba a su padre desde la habitación vecina; por último, dijo con decisión.

—Entraré a pesar de todo; le diré que supe por azar que estaba aquí y vine a verlo.

Nuestro padre se mostró muy agitado, en efecto, al advertir su presencia, quiso saber en qué forma había descubierto su retiro y su enfermedad; preguntóle qué sabía de nuestra madre, dónde estaba y con quién. Serioja respondióle que venía de Moscú, pero podía asegurarle que madre estaba en Yasnaia-Poliana y con ella su médico, una enfermera y sus hermanos menores que la cuidaban.

—Veo que no sería prudente dejar que nuestra madre se le acerque, dijo mi hermano saliendo del cuarto: eso lo agita demasiado.

Cuando Serioja salió, padre llamome:

—¿Has visto, Sacha?

—¿Qué, papá?

—Me ha descubierto, sin embargo... Pero me es grato que haya venido, me place.. Me besó la mano, añadió mi padre, através de los sollozos.

Esa misma noche llegó el médico de la ciudad de Dankovo, el doctor Semionovsky. Auscultó al enfermo, de consuno con Douchan Petrovitch y el médico de la estación y diagnosticó como ellos una pneumonía. Padre se dejó auscultar buenamente y, cuando hubieron terminado, preguntó al doctor Semionovsky si podría reiniciar el viaje dentro de dos días. Este respondió que tendría mucha suerte si pudiera iniciarlo al cabo de dos semanas. Mi padre pareció muy apesadumbrado, y sin decir palabra diose vuelta hacia la pared.

A las 9 de la noche llegó el tren especial. Douchan Petrovitch fué a su encuentro. Algunos instantes más tarde, advertí, a través de la ventana, la silueta de mi madre, apoyada en el brazo de uno de mis hermanos. Solicitó se le mostrara la casa en que se hallaba mi padre.

De vuelta, Douchan Petrovitch nos comunicó que toda la familia estaba de acuerdo acerca del peligro de una entrevista entre papá y mamá, que podría aportar consecuencias fatales.

El 3, por la mañana, llegó el doctor Nikitine. No bien mi padre le vió, le preguntó quién le había hecho venir. Nikitine me señaló. Se notaba que esta llegada afligía a mi padre. Terminó por deducir que su retiro comenzaba a ser conocido. En cuanto a nosotros, estábamos muy contentos con la presencia de Nikitine.

Después de examinar al enfermo, Nikitine nos dijo que todavía había esperanzas, aunque la situación fuera bastante grave.

Mis hermanos venían muchas veces al día a preguntar por el estado del paciente. Ora entraban con paso quedo en la casa, ora se aproximaban a la ventana, golpeaban en el vidrio, y yo les anunciaba el desarrollo de la enfermedad. Mis hermanos se quedaban, por turno, haciendo compañía a mi madre, le vigilaban y lograron persuadirla no entrase en casa de papá. Además un médico especialista en enfermedades nerviosas, así como una enfermera hallábanse siempre cerca de ella.

Aquel día, Douchan Petrovitch tuvo la idea de colocar bajo la cabeza de padre un almohadoncillo que mi madre había traído; fué confeccionado por ella misma y mi padre solía reposar sobre él cuando aún encontrábase en Yasnaia-Poliana. Douchan Petrovitch no pensó que ese objeto pudiera emocionar a mi padre. Pero éste demandó en seguida:

—¿De dónde has sacado ésto?

Douchan Petrovitch, desconcertado, respondió:

—Es Tatiana Lvovna quien lo ha traído. Habiendo sabido por esta respuesta que mi hermana estaba en Astapovo mi padre se inquietó y regocijó a un tiempo.

Cuando entró Vladimir Grigorievitch, le preguntó cómo había llegado Tania.

—Tania dijo, sin duda, a Sofía Andreievna que partía rumbo a Kotcheti (4) y, en realidad, tomó la dirección de Astapovo, respondió.

Padre se inquietaba cada vez más de ser sorprendido en Astapovo y no cayó en las mientes de que la estación rebosaba de corresponsales y que todos los diarios del mundo habían dado ya informaciones detalladas de su enfermedad en ese pueblo.

Mi hermana Tania entró. Mi padre la recibió gozoso y, como lo habíamos previsto, la interrogó sobre nuestra madre. Tania le contestó; pero cuando padre preguntole si creía que Sofía Andreievna pudiese venir aquí, mi hermana dijo que sería mejor no hablar de mamá, porque eso le emocionaba demasiado. El replicó con lágrimas en los ojos:

—¿Por qué no quieres responderme? ¿No comprendes hasta qué punto mi alma necesita saber eso?

Mi hermana, muy turbada, murmuró algo y salió rápidamente del cuarto. Padre no pudo calmarse en mucho tiempo, no comprendiendo por qué Tania no quería responder...

Hacía las cinco, padre mandó llamar a Sergio. Como estaba ausente rogó se hiciera entrar a Tcherkov. Este vino acompañado de Nikitine, y padre le dió un telegrama con la dirección de mis hermanos que él creía se encontraban siempre en Yasnaia-Poliana, cuidando a mi madre. Si mi memoria me es fiel, el texto del telegrama estaba redactado más o menos así: "Me siento mejor; pero mi corazón está tan débil que una entrevista con mamá me sería fatal".

—Comprendedlo bien, dijo Tchertkov, si ella quiere en absoluto verme, yo no podré rehusarme, y sin embargo esta entrevista me sería fatal, repitió sollozando.

Poco después llamó a Varvara Mikhailovna, la preguntó quién había enviado el telegrama y quién lo había pagado. Ella respondió que sin duda fué Sacha.

—Así debe ser, pues; ¿a santo de qué Vladimir Grigorievitch va a hacer gastos para mí? Yo tengo dinero. Tomad mi cartera en el cajón de la mesita de noche; ahí encontraréis una decena de rublos y entre las hojas del diccionario hay otros cincuenta. Dadselos a Sacha y que ella se encargue de los gastos.

Lo que más sorprendió durante su enfermedad, fué la plena conciencia que tenía de todo lo que pasaba en torno suyo, pese al debilitamiento de su corazón y a la intensidad de sus sufrimientos. Recuerdo que una vez interrogó a la muchacha que lavaba todos los días el piso sobre la edad que tenía, si estaba casada y si se encontraba bien. Jamás olvidó dar cuerda a su reloj.

En el transcurso del día, Tcherkov le leyó los diarios, luego las cuatro cartas llegadas a su nombre y que había traído consigo.

Padre escuchaba atentamente y, como lo hacía siempre en casa, solicitó se anotara sobre los sobres la respuesta que se debía hacer o no hacer.

ALEJANDRA TOLSTOY

(Concluirá)

---

(1) *Su hija mayor y su hijo mayor.*

(2) *Dmitri Vassilievitch Nikitine fué durante algún tiempo, médico de mi padre. Era un amigo íntimo de toda nuestra familia.*

(3) *Expresión de un compañero de Tolstoy cuando jugaba al ajedrez.*

(4) *Propiedad de M. S. Soukhotine, marido de Tatiana.*

---

rie de bailes, de cabarets, de restorantes con caracteres peculiares y en cierto modo artísticos. Recibió entonces la avalancha de un mundo curioso y ávido de distracciones fáciles.

Como todo pasa y se metamorfosea, así el Montmartre de aquellos tiempos ha desaparecido, tal vez para magnificarse. Los establecimientos que habían surgido sin mayores pretensiones, con el éxito se enriquecieron, fueron decorados, ornamentados y se hicieron célebres, llamando la atención de los extranjeros millonarios.

Pero cuando Lautrec debutó, encontró a Montmartre en toda la florescencia de su poesía. Fué a Montmartre que, arrastrado por la vida gloriosa de la alegría, en la cual él se deleitaba en el goce de crear la alegría en los demás, el que Lautrec practicó, observó y pintó.

Thedore DURET.

(Capítulo extractado de una obra sobre Lautrec).

La humanidad libre y el nacionalismo

II

Casi toda institución humana, por corrompida, inútil, parasitaria y absurda que se haya vuelto más tarde por razones muy diversas, tiene un origen natural, razonable, correspondió a alguna necesidad real. Así en los continentes vastos, incultos, cubiertos de vegetación espesa y poblados de animales en cantidades a menudo incomparables a los pobres restos de hoy, los primeros pueblos pequeños que procedían de algunos centros más favorecidos en que había adquirido su primer desenvolvimiento, lo encontraban todo a su disposición y se localizaban en los emplazamientos más favorables rodeados de amplios terrenos que servían a sus necesidades de cazadores, más tarde de nómadas que emigraban con sus rebaños de ganado, más tarde aún de cultivadores más sedentarios, pero cuya agricultura extensiva y superficial exigía mucho espacio. Visto su pequeño número había espacio para todos, y vista la inseguridad general y la ausencia de solidaridad fuera de la tribu, los unos respetaban el terreno de los otros, si no buscaban y encontraban alguna razón para entrar con ellos en una lucha a muerte. Así se formó una población central en cada territorio, la que se apropió de los lugares favorecidos por el suelo, el clima, el curso de los ríos y de los caminos de territorio a territorio, sobre los cuales el cambio, el comercio se establecieron, — y una población menos favorecida, la que el excedente de su número, etc. forzó a establecerse en los valles más estrechos, en las llanuras menos fértiles y lejos de las grandes rutas. Esta diferenciación produjo también diferencia en la lengua hablada: la lengua aislada de los pequeños valles conservó en grados diferentes su antiguo carácter y adquirió transformaciones locales especiales, mientras que la lengua de las regiones centrales, más ricas, más pobladas, atravesadas por los viajeros y comerciantes, tuvo una vida más vivaz y más rápida, sufrió modificaciones más grandes por la extensión de su círculo y se incorporó muchas palabras extranjeras, las que designaban las mercaderías importadas o las plantas y animales nuevamente introducidos o nociones más abstractas hechas circular por los transmisores de noticias, de cuentos y de historias, que fundaron una vida intelectual que se extendió de territorio a territorio y fué dominada por los productos procedentes de las localidades más favorecidas, de los puertos de mar o de grandes centros lejanos de producción y de comercio.

Se crearon así territorios con núcleos predominantes cuyo dialecto se convirtió poco a poco en la lengua generalmente reconocida de todo ese territorio, la única lengua escrita más tarde, mientras que los dialectos no son fijados literalmente sino rara vez, por falta accidental de conocimiento de la lengua escrita u otras razones locales. Los confines de esos territorios se precisan también y con frecuencia son formados por las crestas de las montañas o por los grandes bosques, es decir, por algún obstáculo natural al cultivo, por un terreno que, en esa época, no tenía ningún valor y no excitaba la codicia. En general, como se alimentaba y se vestía, etc., de lo que daba el terreno poco poblado aún, y como un excedente de algunos productos naturales suplía fácilmente la producción de lo que era necesario para obtener algunos objetos no lejanos por la vía del comercio, — había una gran cantidad de pequeños países, de pequeños Estados que satisfacían sus necesidades, perfectamente autónomos, desarrollando una lengua local que se elevaba por encima de los dialectos. En esa época, pues, puesto que había espacio para todos,, lengua, nacionalidad, territorio o Estado restringido, independencia absoluta eran fenómenos por completo naturales, útiles e inofensivos.

Con el tiempo el crecimiento de la población, la superioridad en número, riqueza, potencia y exuberancia locales de las comarcas mejor situadas, y otras razones históricas, llevaron a la formación de Estados más grandes, construídos siempre sobre las ruinas de varios pequeños Estados. Entró en eso también el elemento de la superioridad económica y el factor de la insuficiencia de los pequeños territorios para alimentar una población creciente. De esa suerte la incorporación de los pequeños territorios, de los centenares de unidades locales, en unidades más grandes, fué por una parte una acción de violencia contra ellas que puso fin a su independencia, pero por otra parte permitió el desenvolvimiento económico de las pobres regiones aisladas y superpobladas que entraban así en intercomunicación con un territorio amplio. Quedan de esa evolución, en parte forzada, en parte natural, algunas llagas no curadas: tal pequeño pueblo llora aún su incorporación a un organismo mayor; pero la gran mayoría ha olvidado esa operación, a menudo de la manera más completa.

En Europa los romanos habían sido maestros consumados en esas incorporaciones, y el deseo de liberación hizo estallar al fin ese organismo ultrajosamente exagerado en dimensiones. Pero se había aprendido por esa dura experiencia que la edad del desmenuzamiento infinito de Europa había pasado. Se restablecieron ciertamente gran número de pequeños Estados sobre las ruinas de Roma y en el resto de Europa, pero eso fué un regreso a una organización política y social que no correspondía a esa época, y los ensayos de sembrar, sin embargo, a Europa de pequeños Estados imposibles e inútiles, llevó a los siglos negros de la primera Edad Media, a ese hormigueamiento y entredesgarramiento de los pequeños Estados que condujo a la extinción de la civilización antigua y a la impotencia para establecer una nueva.

Es que las necesidades de la vida productiva, intelectual, artística en Europa se habían vuelto muy grandes, la pérdida del nivel, sentida ya en la antigüedad clásica, se hizo sentir demasiado y se crearon irresistiblemente nuevas unidades territoriales o nacionales. Esta vez, después del fracaso de una reconstrucción parcial del imperio romano en la era de Carlomagno, se crean grandes unidades territoriales, como las que han existido hasta 1918 y existen aún en gran parte. Nada más natural que esas grandes divisiones territoriales que comprendían cada una sus llanuras fértiles, sus grandes ríos, su parte de mar libre, sus riquezas del subsuelo y fronteras a menudo formadas por montañas y vastos bosques, por terrenos, pues, que forman zonas de desinterés y de población reducida y del mismo carácter apacible de los montañeses y de los leñadores. Esos países, como Francia, con sus grandes ríos, su litoral y sus montañas-fronteras, España, Italia, Inglaterra, Alemania, Austria-Hungría, Suiza, — todos esos son organismos que, unos más tarde, otros más temprano, han sufrido *absolutamente* la misma evolución histórica: el abandono del desmenuzamiento en favor de las unidades políticas y económicas de intercomunicación libre, de lengua lo más afín posible, de vida social, intelectual, artística y otra más o menos común, sin que la vida *local* haya sido en alguna parte dominada o extinguida de otro modo que cuando ella misma, su diferenciación, no correspondió a las necesidades de la población local. Hubo hacia el fin de esa época de centralización estatista incondicional en algunos países y en repercusiones locales, un nuevo despertar de la vida local, y eso fué muy bien hecho, pero en general en la mayoría de los casos el carácter *progresivo* de ese desenvolvimiento no ha sido puesto en duda.

Se sabe qué multiplicidad de pequeños Estados compuso en una época Inglaterra, Francia, Alemania, etc. Hasta 1914 no fueron más que algunos legitimistas de los más rematados los que llevaron el duelo, y se reía uno de esos 300 o más pequeños organismos autónomos que componían Alemania hasta 1805 y muy pocos hombres sabrían enumerar los múltiples territorios de que se compusieron en otro tiempo Inglaterra, Francia, España, Italia. No se veía ya la necesidad de reconstituir el mapa de Europa del año 1500 o 1000 o 500 o de restablecer las fronteras aproximativas que existían en la edad neolítica.

Al mismo tiempo que no se era de ninguna manera cruel o lejanamente desdeñoso hacia esas configuraciones del pasado y sus supervivencias presentes. El siglo XIX, desde su principio, por una repulsión contra el centralismo impuesto por la revolución franesca, que después de los romanos fué la primera que proclamó el culto absoluto al Estado y a la patria unida y unificada — ha evocado un verdadero culto a las nacionalidades y entre ellas a las más pequeñas, a las más olvidadas; se ha recogido, salvado de la pérdida lo que quedaba de su vida y de sus tradiciones locales originales y allí donde se tenía la menor probabilidad de triunfar, se ha favorecido la vuelta a la vida local por las poblaciones mismas. Generaciones de sabios desinteresados y de *amateurs* locales han colaborado en esa obra verdaderamente internacional que habría podido dar una satisfacción completa a los hombres locales de esos numerosos pequeños núcleos. Lo mismo pasó con las grandes lenguas, se ha estudiado cuidadosamente hasta su menor dialecto, y en algunos de esos dialectos se creó una pequeña literatura local.

No he hablado aún de Austria, porque sé que en aquellos que, según creo, están poco informados de este país, ha arraigado no obstante la idea de que las poblaciones de lengua no alemana fueron absolutamente martirizadas en ella hasta 1918. Nada es más contrario a la verdad, y el rico desenvolvimiento de su literatura, de su ciencia y de toda su vida cultural en el siglo XIX están ahí para demostrar lo contrario, — lo mismo que la situación perfectamente intacta, próspera, bien cultivada en que esas poblaciones se han encontrado desde el primer día de lo que ellas llaman su liberación en 1918. Este último hecho bastaría *por sí* para un hombre que razone lógicamente, cuando ve a un *soi-disent* martirizado, despojado, sometido, salir rosado, rozagante, bien alimentado desde el primer día después de la guerra, cuando su *soi-disent* verdugo permanece lívido, hambriento, arruinado. Pero yo no puedo luchar solo contra la leyenda circulada por una propaganda mundial desde 1914 y por una propaganda preparatoria de algún tiempo antes, e importa poco aquí insistir sobre un detalle.

Basta decir que la opinión pública liberal del siglo XIX había llegado más o menos a estas conclusiones: que los grandes organismos estatistas europeos eran un desarrollo normal de la historia que era preciso completar aún por la unión de los Estados italianos, lo que se hizo en 1859-60, 1866 y 1870, y por la solución de las dificultades concernientes a Alemania y a Austria-Hungría, lo que se hizo en 1866, 1867 y 1871, Existían aún los Balcanes y las reclamaciones de Polonia contra Rusia, — cuestiones que se creían situadas fuera de la solidaridad europea y que afectaban sobre todo al oriente. Pero se engañó; porque desde el oriente, precisamente, el veneno nacionalista invadió a Austria-Hungría y de allí partió en 1914 la crisis que desgarró y arruinó a Europa.

El resultado de esta catástrofe fué la multiplicación de los Estados en Europa y yo me pregunto, ¿por qué razón saludarían los anarquistas ese aumento del número de los Estados? Yo no saludaría siquiera su disminución, porque la supresión de un solo Estado es una operación tan cruel como la creación de nuevos Estados. Deseo la desaparición de los Estados en bloque, de todos los Estados, pero la anexión o la disección de un Estado es una pura acción de fuerza superior que rechazo siempre.

¿Se cree que un *pequeño Estado* o un *nuevo Estado*, sea más inofensivo, más bueno que un gran Estado? Se engañaría uno mucho, porque el nuevo Estado es más duro, más cruel que el gran Estado mismo y el pequeño Estado es más incompetente y más perjudicial y más inútil que el gran Estado. El pequeño Estado alimenta una burocracia más vasta en proporción con el gran Estado y para el pueblo el yugo que un pequeño y nuevo Estado le impone le aprieta el cuello más fuertemente que el yugo de un gran Estado. Esto está abundantemente probado por la historia desde 1918, que muestra los nuevos y pequeños Estados, focos del militarismo, de la opresión social, de la opresión de las minorías anexionadas y maestros consumados en diplomacia secreta que preparan las guerras futuras. Esa es la recrudescencia más odiosa del estatismo y no hay ningún medio de mejoramiento, al contrario, pues la ambición de un pequeño Estado no es satisfecha jamás.

Los que creen que esos pequeños Estados nuevos son recomendables porque realizan el derecho de una pequeña nación a su independencia, harían bien en mirar más de cerca. Los políticos fundadores de esos pequeños Estados saben muy bien que el desenvolvimiento de la vida económica en Europa hace imposible una existencia económica viable en un Estado puramente nacional, desgajado, según los límites de la lengua nacional, del mapa de un antiguo gran país. Es por esa razón que su nuevo Estado está fundado desde el principio, no sobre la población nacional, sino sobre las fronteras llamadas históricas de los siglos pasados, o sobre acaparamientos de territorio bajo otros pretextos especiosos; está, pues, fundado sobre la anexión, sobre la fuerza, que protectores poderosos — los grandes Estados

— permiten a ese pequeño Estado ejercer, por servicios hechos y más aún por servicios a prestar, pues que la mala conciencia asocia entonces ese pequeño Estado para siempre a la causa de los grandes Estados que garantizan sus anexiones.

No veo que todo eso sea digno de la menor simpatía de parte de anarquistas. Pienso, al contrario, que tomar partido por esas medidas que son una consecuencia directa de la guerra, equivale a tomar partido en esa guerra. Es peor aún, puesto que se hace en un período de paz en que el apaciguamiento que todos deseamos, no puede hacerse por el reconocimiento de las consecuencias más crueles de la guerra, de las anexiones de las minorías, etc. Si yo hablase en favor de esas minorías se me diría que introduzco una cuestión que no interesa a los anarquistas; entonces, ¿por qué algunos verían con favor fundaciones de Estados que son la encarnación y la intensificación de los principios estatistas y autoritarios?

Al tomar esta posición, seducidos por las palabras tan fáciles de decir, de independencia, de autodeterminación, de liberación de antigua opresión y de coerción (problemas históricos que habría que discutir de otro modo que a la luz de los escritos de partido), se asocia uno moralmente al estatismo que se combate ahora bajo todas sus otras formas. Pienso, pues, que bajo este aspecto no somos siempre bastante lógicos y que eso repercute fatalmente sobre toda nuestra acción.

Sería preciso discutir lo que es verdaderamente el internacionalismo y cuál es su relación con el nacionalismo.

NEMO

(Continuará)

LA PAZ

Cuando la burguesía clama por la paz, es porque ya ha hecho su agosto con el crimen de la guerra. Mientras sea el Estado el encargado de establecer y asegurar la paz de los pueblos, el crimen de la guerra será inevitable. ¿Dónde se ha visto conferir a los lobos la misión de asegurar la paz de las ovejas?

La guerra no es más que una operación comercial; y la paz, como es natural en esta clase de negocios políticos, no puede durar más tiempo que el necesario para efectuar el arqueo de los caudales en juego. Así es como la paz no es más que un recurso, una argucia, un método estratégico de la guerra. Cuanto más claman por la paz los que viven de la guerra y para la guerra, más próxima está ésta. La paz armada es una de las ironías sangrientas de la civilización burguesa. Una banda de facinerosos no obraría ni se comportaría de otra manera. Todo régimen de convivencia social que se fundamente sobre la base del privilegio político y económico, no es más que un estado de guerra permanente de unos hombres contra otros hombres, de un país contra otro país. En la paz, como en la guerra, los pueblos esclavos del Capital y el Estado son siempre las únicas víctimas.

La guerra no es más que el fruto de la paz burguesa. Los Estados, asesinos de veinte millones de seres humanos, mientras realizan congresos de la paz y elevan monumentos y cánticos de gloria a esa misma paz, se preparan nuevamente para la guerra. Y los pueblos embrutecidos por la religión y las ideas autoritarias de los partidos políticos estatales, siguen confiriendo a sus propios verdugos, los lobos del capital y el Estado, la facultad de asegurarles la paz. Pero ¡guay! de los farsantes de la política y del parlamentarismo, el día que a los pueblos se les caiga la venda de la fe en los partidos políticos autoritarios. Entonces sí que cantaremos a la paz; pero mientras el pueblo no ahorque con las tripas de los políticos a los frailes y a los burgueses, la paz no es, no puede ser más que una argucia para conducir a los pueblos a la guerra.

ANDA

El sindicalismo revolucionario en Alemania

El congreso Internacional de Londres 1913.—La guerra mundial (1913-1918)

La necesidad de un contacto continuo entre las diversas organizaciones obreras revolucionarias de Europa se había hecho sentir en diversas ocasiones; los alemanes la expresaron en la resolución Winckler del 10 congreso; los holandeses por diversas tentativas prácticas. Cristian Cornelissen editaba en París un *Bulletin International du mouvement syndicaliste* y desde sus columnas se fomentó la idea de la asociación de todos los sindicalistas revolucionarios. En febrero de 1913 enviaron diversas organizaciones holandesas (obreros en construcción, metalúrgicos, textiles, cigarreros, sastres y obreros municipales, etc.) con un total de más de 11.000 miembros una circular a las organizaciones afines de otros países sobre la conveniencia de la celebración de un congreso internacional sindicalista. La F. V. D. G. se adhirió calurosamente a la iniciativa, lo mismo que la Sveriges Arbetares Central organization (Suecia), la Unione Sindacale Italiana; la C. G. T. de Francia estaba ya en plena ideología reformista. En Londres existía una Liga de educación industrial sindicalista, a cuyo frente figuraba Guy Bowmann, que también había lanzado un manifiesto en pro de la celebración de un congreso revolucionario y que después se hizo cargo de los preparativos de la reunión. Los alemanes propusieron como orden del día los tres puntos siguientes: Teoría y táctica del sindicalismo revolucionario; Los sindicalistas revolucionarios y la guerra; Fundación de una Internacional.

El 27 de septiembre se reunió el proyectado congreso y sesionó hasta el 2 de octubre en Londres; estaban representados los siguientes países: Argentina (Confederación Obrera Regional Argentina, Federación Obrera Local Bonaerense), Bélgica (Unión des Syndicats de la province de Lieje), Brasil (Confederaçao Operaia Brazileira), Cuba (Unión de dependientes de Café), Inglaterra (11 sindicatos), Francia (diversos sindicatos, entre ellos el de la construcción, del Sena), Alemania (F. V. D. G.), Holanda (diversas federaciones de industria), Italia (Unione Sindacale), España (diversas organizaciones de la Coruña, de Barcelona y otras), Suecia (S. A. C.). Por Italia y la Argentina figuraba el famoso D'Ambris, guerrerista y fascista poco después; por el Brasil el consejal de un suburbio de Londres, Guy Browmann, por Francia, A. Couture, C. Michelet, Luis Perrin; por Alemania, Fritz Kater, Carl Windhof y Karl Roche; por Holanda B. Lansink, padre e hijo, A. V. Hagen, G. van Ekel y otros; por España, J. Suárez Duque, J. R. Romeo y José Negre; por Suecia Albert Jensen. Entre los huéspedes figuraban A. Schapiro, P. Vallina y otros. Cornelissen y Schapiro actuaron de traductores.

Se aprobó una especie de declaración de principios de carácter puramente sindicalista; además, se resolvió el nombramiento de un comité de información con sede en Holanda. Diversas cuestiones personales y el hecho fundamental de que los países latinos en primer lugar no concurrieran con proposiciones propias, aparte de Italia; luego la circunstancia de que con excepción de los alemanes, los holandeses y los suecos, apenas existiera en el congreso una idea clara sobre la finalidad de la lucha y de las relaciones internacionales, hicieron que este primer ensayo de reconstruir una Internacional revolucionaria fracasara. La guerra hizo lo demás.

Del 21 al 23 de mayo de 1914 se celebró en Berlín el 11 congreso de la F. V. D. G. con 54 delegados presentes. Un aumento de miembros digno de mención no pudo ser señalado en los últimos dos años.

La guerra mundial estaba a las puertas; el 31 de julio fué asesinado Jaurés en las calles de París; los diplomáticos cedieron el puesto a los jefes militares.

Der Pionier, uno de los órganos de la F. V. D. G., publicó su último número el 5 de agosto de 1914. Nuestros camaradas habían comprendido bien la gravedad de la hora; en un artículo de fondo del *Pionier*, escrito antes de la declaración oficial de guerra, leemos: "Seamos sinceros: No existen fuerzas en el proletariado alemán para obstaculizar una guerra. Los trabajadores alemanes han aprobado estos días en innumerables mitines protestas contra la guerra y resoluciones. Pero los gobernantes no se abstendrán de ir a la guerra ni por las protestas ni por las resoluciones, si para ellos es ineludible. En una conflagración bélica no faltarán al estado mayor alemán ni hombres ni dinero. El pueblo laborioso alemán carece de toda educación para poner su voluntad en la balanza de la decisión de la guerra o de la paz". Ciertamente, eso había que esperar. La socialdemocracia no sólo no combatió el militarismo, no sólo no educó el espíritu de iniciativa del proletariado, no sólo no fomentó la idea y la organización revolucionaria en sus cincuenta años de predominio, sino que hizo a maravilla y sistemáticamente la labor inversa: ayudó al Estado a educar un pueblo obediente en la disciplina y en el espíritu de sumisión.

En el mismo número del *Pionier* se anunciaba ya la declaración de guerra. *Die Einigkeit* publicó su último número el 8 de agosto.

El 4 de agosto, el presidente de la socialdemocracia alemana, Hugo Haase, leyó en el Reischtag la siguiente declaración de la fracción parlamentaria del partido, compuesta de 112 diputados:

"Estamos ante el hecho cumplido de la guerra. Nos amenazan los horrores de las invasiones extranjeras. Hoy no tenemos que decidir en pro o en contra de la guerra, sino sobre el problema de los medios necesarios para la defensa del país.

Para nuestro pueblo y su porvenir libre está mucho en juego, sino todo, en caso de victoria del despotismo ruso, que se ha manchado con la sangre de lo mejor de su propio pueblo. Hay que apartar ese peligro, hay que asegurar la cultura y la independencia de nuestro propio país. Por eso hacemos lo que siempre hemos hecho resaltar: no dejamos la patria en la estacada en la hora del peligro (wir lassen in der Stunde der Gefahr das Vaterland nicht in Stich). Nos sentimos de acuerdo con la Internacional que ha reconocido a todo pueblo el derecho a la independencia nacional y a la autodefensa en todo tiempo, como estamos de acuerdo con ella en la condena de toda guerra de conquista.

Exigimos que la guerra, en cuanto ha-

Exigimos que la guerra, en cuanto haya obtenido sus fines y los enemigos se inclinen a la paz, termine con una paz que haga posible la amistad con los pueblos vecinos. No sólo exigimos eso en interés de la solidaridad internacional perseguida siempre por nosotros, sino también en interés del pueblo alemán.

Esperamos que la terrible escuela de los sufrimientos de la guerra despertará el horror a las guerras en millones de seres y los conquistará para el ideal del socialismo y de la paz de los pueblos.

En atención a esos principios aprobamos los créditos militares exigidos".

Sin embargo, he aquí las fuerzas obreras organizadas con que hubieran podido maniobrar los "socialistas del emperador para impedir la guerra:

Las Uniones centrales llegaron en 1910 a 2 millones de miembros; esa cifra contaban más o menos en 1914; una gran parte de la industria militar estaba en manos de los obreros organizados. Pero junto a esa cifra damos esta otra que explica suficientemente las cosas: al estallar la guerra, las Uniones centrales tenían en las comisiones centrales directivas 407 empleados y 75 redactores a sueldo; además, en las comisiones de los diversos sindicatos 1956 funcionarios rentados y en las comisiones de las asociaciones comarcales 429; por consiguiente, casi tres mil empleados en la administración y dirección de las Uniones centrales, con un sueldo no inferior a 300 marcos mensuales por término medio. Reflexionando sobre esos datos no extrañará que los millones acumulados por las Uniones centrales fueran puestos a disposición del gobierno para llevar la guerra a buen fin. No sólo los millones, sino los hombres. El primero de septiembre de 1914 tenían las Uniones centrales en el frente de batalla 589.755 hombres; el 31 de julio de 1915 la cifra alcanzaba a 1.061.407; el 30 de junio de 1916 más aún: 1.259.012 y el 30 de septiembre de 1918 los combatientes de las Uniones centrales llegaban a la cifra de 1. 412.837. Como se vé, la gran industria alemana encontró en la socialdemocracia una excelente cooperadora.

En 1915 apareció en la librería del *Vorwaerts* un libro del doctor Eduard David, miembro del Reichstag, *Die Sozialdemokratie im Krieg*. David se esfuerza por demostrar que la actitud de la socialdemocracia ante la guerra no significa un cambio de frente, pues siempre hizo resaltar la idea de la defensa nacional; para eso aporta citas de Liebknecht, de Bebel, de los más conocidos socialdemócratas, etc.

Nosotros creemos también que la socialdemocracia no cometió traición alguna; el error estuvo en los que abrigaron la ilusión de que la socialdemocracia podía proceder de otro modo y de que sus intereses estaban ligados a los intereses de la revolución. El que conoce algo la historia socialista desde la Primera Internacional por lo menos, debe ser de nuestra opinión. La socialdemocracia no cometió ninguna traición; obró de acuerdo a su espíritu, a sus ideas y a su sempiterna táctica, pues no está en vida para llevar los pueblos a la revolución, sino para defender el capitalismo y el Estado.

La F. V. D. G., con sus ocho o nueve mil miembros estaba imposibilitada para moverse independientemente. Sus dos órganos de publicidad, *Die Einigkeit* y *Der Pionier* fueron prohibidos de inmediato por toda la duración de la guerra. En substitución, para mantener en lo posible las relaciones entre las diversas localidades, la comisión administrativa comenzó el 15 de agosto a editar una hoja informativa, *Mitteilungsblatt*. Todos los esfuerzos eran dirigidos a mantener el nombre de la organización; otra actividad era imposible. *Mitteilungsblatt* no podía ejercer crítica alguna sobre la situación, pero ha sabido poner bien de manifiesto la actitud de la socialdemocracia durante toda la duración de la guerra; desde ese punto de vista constituye un hermoso documento histórico; su aparición fué semanal; en junio de 1915 fué prohibido y reapareció el mismo mes con el título de *Rundschreiben* quincenalmente; en mayo de 1917 fué prohibida la nueva hoja y la comisión administrativa no intentó una nueva publicación en espera de un inminente cambio de situación que facilitara la propaganda.

La época de la guerra es una época de tragedia indescriptible. La F. V. D. G., fiel a sus ideas antimilitaristas y antiestatales, quedó en su puesto; nada le fué dado hacer con sus pocos miembros, de los cuales una parte fué a parar a la prisión y otra fué movilizada por la fuerza, pero puede proclamar con orgullo que no compartió por un solo momento la locura bélica y que en medio de la matanza de los pueblos, mantuvo en alto los principios revolucionarios.

Al estallar la revolución rusa adquirieron en Alemania más fuerza los síntomas de descontento en una pequeña minoría socialista encabezada por Liebknecht y Rosa Luxemburgo; el grupo Espartaco inició su propaganda y halló un determinado campo de acción preparado por el cansancio producido por la guerra y por la actitud de las Uniones centrales y de la socialdemocracia. Se fundó también un partido socialdemócrata independiente y poco a poco la derrota de Alemania fué minando la estabilidad de la dinastía de los Hohenzollern. En noviembre de 1918 abdicó el emperador y el poder cayó en manos de sus más celosos colaboradores durante la matanza de los pueblos: los socialdemócratas.

D. Abad de Santillán

La época del principio de autoridad ha pasado, ya que este principio carece de legitimidad con menos razón en las mayorías que en las realezas; está destinado a guiar la sociedad hacia sus destinos gloriosos otro principio: la libertad. La autoridad bajo su forma suprema está representada por el capital; la libertad, tomada en todos sus sentidos, es el trabajo. El trabajo debe ser en lo sucesivo el fundamento de todas las instituciones sociales. - P. J. Proudhon.